

**Audiolibro En Busca Del Gran Kan V**  
**Blasco Ib Ez Tercera Parte Cap Tulos**  
**I li lii**

**Tenga en cuenta que este contenido está tomado de varias fuentes y de personas que no están relacionadas con [www.Ensayo.icu](http://www.Ensayo.icu). These texts are not escrito por los escritores profesionales. Servicio de escritura profesional [www.Ensayo.icu](http://www.Ensayo.icu) no es responsable de la gramática u otros errores de ortografía.**

**Contacto [www.Ensayo.icu](http://www.Ensayo.icu) ¡Y garantizamos que obtendrá un trabajo 100% único en tan solo unas horas!**

Texto enviado por - **Sue Olsen** (*Prince Edward Island*) - - - - - PARTE TERCERA. EL PARAÍSO POBRE. Capítulo Primero.- En el que se cuenta cómo el Almirante fue pasando entre islas siempre hermosas y de escaso provecho, cómo empezó a enemistarse con Pinzón, y cómo llegó a la tierra firme gobernada por el Gran Kan, enviando a éste dos embajadores con una carta escrita en latín. Navegó la flotilla durante catorce días entre las numerosas islas Lucayas. Exploraba Colón rápidamente estas tierras, deseoso de encontrar oro o vestigios de la civilización opulenta de los países gobernados por el Gran Kan. A la segunda isla que visitó le puso por nombre Santa María de la Concepción, en agradecimiento a la Virgen que le había librado de tempestades en el mar y de enfermedades a bordo. A la tercera dio el nombre de Fernandina, en recuerdo del rey, cuyos allegados y familiares tanto lo habían protegido; y A la cuarta llamó Isabela, como testimonio de gratitud a su reina. Pero iba pasando de isla en isla sin encontrar otra cosa extraordinaria que su magnífica vegetación y la sencillez paradisíaca de sus habitantes. La desnudez de éstos y su pobreza se armonizaban mal con las ilusiones que el navegante llevaba en su pensamiento, resto de sus lecturas de Marco Polo y de Mandeville. Nada hacía ver la proximidad del «rey de los reyes», señor de la vasta China, sentado en trono de oro y diamantes, bajo un dosel bordado de perlas. Ninguna de estas islas guardaba las montañas de Ofir, preñadas de oro, que habían ido a explotar en otro tiempo las flotas del rey Salomón. Únicamente fue notando cierto progreso rudimentario en las costumbres y en los útiles de los indígenas, según avanzaba en su exploración. En la Fernandina encontró un indio que navegaba solo en una canoa muy lejos de la costa, y en el interior de dicha isla vio las primeras hamacas y otros objetos de la industria humana, reveladores de un trabajo ingenioso. En la isla de Samoeto, que él había bautizado Isabela, fue tan grata la dulzura de la atmósfera y tales las emanaciones florales de los bosques, uniendo sus aromas al perfume salino del Océano, que le fue imposible no admirar el encanto de esta Naturaleza virgen, dejando en olvido momentáneamente sus deseos de oro. Dos afectos contradictorios se combatían en el alma de este hombre, complejo y antagónico en sus deseos. Admiraba como poeta la belleza del paraíso descubierto por él. A continuación reconocía con cierto despecho la pobreza de dicho paraíso y se ingeniaba como mercader para sacar el mejor producto de su mediocridad. Admitía como una ventaja comercial la mansedumbre y cobardía de aquellos indígenas. En la primera isla se habían acercado confiadamente a él y a los suyos. Ahora, en las otras, por un pánico inexplicable, pero natural en unas gentes sencillas dadas a razonar ilógicamente, huían ante la presencia de los extranjeros, dejando abandonadas sus chozas para refugiarse en los bosques. Diez hombres de su tripulación bastaban para dominar una de aquellas islas, que tal vez tenían miles de pobladores. Y por primera vez se le ocurrió al místico poeta, ansioso de ganancia, la posibilidad de remediar la falta de oro cazando a los naturales como esclavos y cargando de ellos sus naves para venderlos en Europa, lo que resultaría a la larga magnífico y seguro negocio. Luchaba en esta primera exploración con la falta de medios para entenderse con los indígenas. Eran dados éstos a la exageración, a contestar afirmativamente todas las preguntas, no extrañándose ante ningún objeto que les enseñasen y asegurando que lo había igual en sus tierras, pero lejos, muy lejos, en un país ilusorio que colocaban a su capricho en distintos puntos del horizonte. Cuando mostró una moneda de oro a los de la Concepción y la Fernandina, éstos dieron a entender por señas que había hombres de su raza con muchas anillas de oro en brazos y piernas, pero siempre era en la isla más cercana, nunca en la suya, y Colón acababa por decir melancólicamente: —Yo bien creo que todo lo que dicen es burla, para se fugir de nosotros. Una parte de los hombres que había tomado en San Salvador y otro encontrado en una canoa entre dicha

isla y la Concepción, se echaban al mar y huían a nado apenas los marineros descuidaron un poco su vigilancia. Otro, alcanzado también mientras iba en su canoa, se arrojaba al agua para que no lo prendiesen, y cuando al fin los marineros conseguían cazarlo, el Almirante lo hacía subir a la nao capitana para halagarle como a un animalejo asustadizo. Le ponía un gorro colorado en la cabeza, unas cuentecillas verdes de vidrio en un brazo y dos pares de cascabeles dorados en las orejas, y así, hecho un arlequín, lo enviaba a tierra para que propagase entre sus desnudos compañeros la bondad de los hombres blancos y las cosas magníficas que traían para hacer regalos. Sentíase atraído Colón por la belleza de tantas y tantas islas por entre las cuales pasaba sin detenerse, juzgando de lejos su importancia y la posibilidad de encontrar oro en ellas o no hallar nada. Eran todas muy verdes y muy fértiles, de atmósfera dulcísima y eterno cielo azul, con peñas en la costa de color obscuro, semejante a la piel del elefante, y al pie de ellas un mar siempre terso como el cristal, luminoso y profundo, con una fauna oceánica que asombraba al descubridor. «Aquí—escribía en su cuaderno—son los peces tan disformes de los nuestros, que resulta maravilla. Los hay de ellos como gallos, de los más finos colores del mundo, azules, amarillos, colorados; otros pintados de mil maneras, y las colores son tan finas, que no hay hombre que no se maraville y no tome gran descanso al verlos. También hay ballenas. Bestias en tierra no vide ninguna, de ninguna manera, salvo papagayos y lagartos. Ovejas ni cabras, ni otra ninguna bestia vide.» En una de las islas donde desembarcaron, un paje de nao le dijo haber visto una enorme culebra en el bosque. En una laguna mataron a lanzadas una sierpe como de siete palmos, pero con patas. Era el iguana, de piel verde y carne blanca, muy apreciado por los indígenas, y quo años adelante se acostumbraron a comer como gran regalo los conquistadores españoles en las grandes hambres de sus atrevidos viajes. En otra de las islas, Martín Alonso Pinzón mató también de una lanzada uno de estos reptiles con patas, que los descubridores tomaban, en su ignorancia de la tierra, por bestias peligrosas, semejantes a los dragones que aparecían en romances y novelas de caballería. Huían los naturales en una isla, dejando que los blancos fuesen de un lado a otro, como si estuviesen en una isla encantada. En otras salían en sus canoas, pagayando alrededor de las carabelas para ofrecer los eternos ovillos de algodón y los papagayos, así como manojos de azagayas, prestándose a traer en grandes calabazas el agua de sus ricos manantiales para renovar el contenido de barriles y tinajas guardados en las bodegas de los tres buques. Mientras los marineros les regalaban sonajas y agujetas a cambio de tanto algodón y tantos papagayos, que no sabían qué hacer de ellos, el Almirante se lijaba en los que parecían más despiertos de ingenio y de palabra, dando orden a su paje Lucero y a otros popeles para que trajesen bizcochos, o sea galletas, untados con burda melaza extraída de la caña de azúcar en los ingenios de Andalucía. Este bizcocho con miel era lo que más atraía a los indígenas, una prueba de la divinidad de los blancos, hijos del cielo, pues únicamente genios caídos de lo alto podían alimentarse con esta especie de ambrosía. La tendencia al embuste y a los relatos maravillosos de estos hombres primitivos, naturalmente embebecadores, que tanto desorientó y engañó a los navegantes en los viajes sucesivos, retuvo a Colón en algunas de dichas islas más de lo que él deseaba. En la Isabela estuvo esperando dos días a que viniese un gran rey del interior, que, según afirmaban los indígenas, iba vestido todo de oro. Pero el tal monarca dorado no se presentó nunca, y sólo pudo ver indios desnudos iguales a los que había encontrado en las otras islas, pintarrajeados de blanco, encarnado o negro, y trayendo algunos pedacitos de oro en la nariz-, «mas era tan poco—según escribía el Almirante—, que en realidad no era nada». En este nuevo mundo lo único extraordinario continuaba siendo la vegetación, y el descubridor poeta, que apreciaba tanto mercantilmente la especiería como el oro, al ver que este metal sólo se dejaba ver en tan exiguas cantidades que no valía la pena ocuparse de él, tornaba sus ojos con avidez hacia los bosques. En la Isabela ofrecía la atmósfera una continua fiesta al sentido del olfato. La isla era un interminable ramillete de flores, cuyos aromas envolvían a los recién llegados. Este perfume se esparcía en todas direcciones, avanzando leguas y leguas sobre el mar. Los blancos aspiraban en el aire esencias raras nunca olidas hasta entonces, y gustaban frutas que, al mismo tiempo que acariciaban su paladar, esparcían azucarados perfumes. Inútilmente maestro Diego el herborista y otros tripulantes aficionados a plantas y flores vagaban por dichas selvas-jardines. Los más de los frutos estaban aún verdes, como si en estas islas empezase la primavera casi al final de Octubre. Ninguno de los árboles tenía semejanza en sus varillas y frutos con la canela, la pimienta, la nuez moscada, el clavo y demás especias asiáticas, de las cuales había pedido muestras Colón a sus amigos de Sevilla. Eran otros perfumes y otras materias. La ilusión de la ganancia le hizo pensar que tal vez las especias de esta tierra eran iguales a las de Asia, pero aún no había llegado la época anual de su madurez. Y todo esto desolaba a Colón tanto como la pobreza de oro, haciéndole exclamar con tristeza: «A mi entender, esta tierra es muy provechosa en especiería, mas yo no la conozco y llevo la mayor pena del mundo, pues veo mil maneras de árboles que tienen cada uno su manera de fruta y está verde agora como en España en el mes de Mayo y Junio, y mil maneras de hierbas lo mismo con flores.» Toda esta vegetación debía guardar riquezas que él era incapaz de apreciar; pero ya que su ignorancia y la de sus acompañantes les impedía conocerlas, debían irse de allí lo más pronto, en busca de otras

tierras que produjeran oro y donde las gentes fuesen vestidas y hubiera puertos de gran tráfico, con buques llegados de Cipango y de Quinsay. Algunas veces, la pobreza y sencillez de este archipiélago paradisíaco le hacían dudar de sus lecturas, y apuntaba en él la sospecha de que dichas tierras fuesen de un mundo aparte, muy lejano de los grandes reinos asiáticos. Nunca Marco Polo había hablado de islas pobres y hermosas donde los hombres fuesen totalmente desnudos, no conociendo la riqueza ni la propiedad, careciendo de historia, ignorando la previsión económica, viviendo al día, sin las complicaciones artificiales de la civilización, sin otros yugos ni penalidades que los que impone la Naturaleza. Era la humanidad antes del pecado original. Los filósofos del Renacimiento, al enterarse meses después de este su primer viaje, iban a comparar tales islas con repúblicas utópicas soñadas por los pensadores antiguos, prolongándose tal impresión hasta dos siglos y medio después, cuando Rousseau y otros autores revolucionarios supusieron en el hombre primitivo toda clase de virtudes. Era un mundo aparte, no contaminado aún por las complicaciones e injusticias de los hombres civilizados: el continente de la humanidad risueña y sin malicias. Pero su duda no era larga. Inmediatamente resurgía en él la quimera. Los dominios del Gran Kan sólo debían hallarse a una distancia de diez o doce días de navegación. Algunos de estos hombres desnudos mostraban largas cicatrices en sus cuerpos. Eran señales de flechazos y golpes de azagaya recibidos en combates. Según daban a entender con sus señas, otros indígenas de una civilización más superior y cruel llegaban de pronto, en grandes piraguas, a estas islas idílicas, para robar mancebos y mujeres. Todos los isleños, al hablar de dichos piratas, temblaban medrosos, afirmando con sus mímicas que los esclavos eran comidos por los invasores, cuando éstos llegaban a sus tierras. Les llamaban carib, o a lo menos Colón y los suyos creían entender que este nombre de carib, repetido con mucha frecuencia, correspondía a los piratas antropófagos. Y el Almirante sacaba de sus reflexiones la consecuencia de que los tales carib eran simplemente marinos de las naves ligeras del Gran Kan, que venían a tomar hombres en dichas islas para llevarlos a trabajar en las obras monumentales del «rey de los reyes», y como los prisioneros nunca volvían, esta gente sencilla se los imaginaba devorados por sus aprehensores. Además, según iba pasando de una isla a otra, los indígenas le hablaban con más insistencia de un país enormísimo llamado Cuba, en el que encontraría, según ellos, buques y mercaderes de lejanas tierras. Y el Almirante, cada vez más convencido de la realidad de su geografía quimérica, creía a esta tierra de Cuba la buscada isla de Cipango. En sus bajadas a tierra, ya que no le era posible descubrir especias en las selvas de árboles odoríferos, veía en ellas tinturas y medicinas de fácil explotación. Los grumetes y pajes que enviaba a la descubierta le traían muestras de cañafistula, una caña cuyo jugo era purgante; de lináloe, madera aceitosa que podía servir para las tinturas; de almáciga, goma que exportaban de Chío en el Mediterráneo para dar mejor sabor a las aguas, y que griegos y turcos conocían con el nombre de mastic. Pero de metales ni de especias caras, nada que fuese de provecho. Ya empezaba el Almirante a dudar de la existencia de todos aquellos reyes vestidos de oro de que le hablaban los indígenas de las costas. «Son tan pobres de oro — escribía—, que cualquiera poco que uno de estos reyes traiga les parece a ellos mucho.» Luego volvía a entusiasmarse al navegar en torno a las islas que iba descubriendo, por venir hasta él «un olor tan bueno y suave de flores o árboles de la tierra, que era la cosa más dulce del mundo». A todo indígena que se aproximaba a los blancos llevando un pedacito de oro en la nariz se lo compraban dándole a cambio un cascabel de los llamados de «pie de gavián» o un ramaje de cuentas de vidrio. No quisieron ya el Almirante ni sus allegados perder más tiempo explorando estas islas, siempre verdes, fértiles y habitadas por gente pobre. Todas ellas tenían en su interior grandes lagunas de agua dulce y a la rueda de ellas un árbol que era una maravilla, con las hierbas tan altas y frescas como en Abril en el Andalucía, y el cantar de los pajaritos» tan dulce, que parece que el hombre nunca se querría partir de ellas, y las manadas de los papagayos tan densas, que oscurecen el sol, «y aves de tantas maneras y tan diversas de las nuestras que es maravilla, y árboles de mil modos, y todos de frutos a su manera, y todos huelen que es maravilla, y yo estoy el más penado del mundo por no los conocer, porque soy bien cierto que todos son cosa de valía y de ellos me llevo muestras, asimismo que de las hierbas». En torno de las lagunas abundaban las sierpes con patas, llamadas iguanas, y también culebras enormes de las que avanzan arrastrándose, pero que huían a la vista de los hombres recién desembarcados. El lináloe era lo más abundante, y Colón mandó embarcar diez quintales, «porque me dicen que vale mucho». Pero en ninguna de estas islas «había mina de oro» y además, para explorar sus costas, era menester «muchas maneras de viento, y no viento así como los hombres querrían». Para navegar era mejor ir «donde hay trato grande», o sea a aquella Cuba de que hablaban los indígenas, y que, indudablemente, era Cipango. Tuvo que esperar algunos días porqué no había viento. Todo era calma muerta y llovía mucho, sin hacer ningún frío. De día era grande el calor y «las noches temperadas como en Maye en el Andalucía». El 27 de Octubre aún llovía mucho, teniendo que navegar con gran cuidado entre tantas islas y cayos, por canales de poco fondo con lechos de roquedo o de arena, llevando amainadas las más de las velas, a través de una gran cerrazón y con lluvia. El 28 de Octubre pudo salir ya para Cipango, la gran tierra llamada Cuba por los indígenas, en la que esperaba encontrar oro,

especiería, naos grandes como las de la armada española y ricos mercaderes. Nada de esto encontró al llegar, por la razón, según él, de que la tal Cuba de los indígenas no era isla, y por lo mismo no podía ser Cipango. Colón reconoció, después de navegar por una parte de su costa septentrional, que Cuba era tierra firme, un cabo de Asia, una punta avanzada de la China, y las grandes ciudades de Zayto y de Quinsay, descritas por Marco Polo, debían estar a unas cien leguas del sitio por donde él navegaba. Pero si no encontró al llegar a lo que ahora es el puerto de Jibara grandes naos de mercaderes asiáticos, ni funcionarios y soldados del Gran Kan, vio una tierra tan admirable, que le hizo exclamar: «Nunca tan hermosa cosa vide.» El embriagador ambiente tropical envolvió al descubridor, haciéndole fantasear más que nunca. Los ríos no eran como los que él había visto en África: enormes, pero pestilentes, arrastrando desde las selvas vírgenes del interior bancos de verdura putrefacta, que entenebrecían las aguas, y en los cuales se agitaban toda clase de animales. Estos ríos eran profundos, claros, de aguas purísimas, viéndose cerca de sus desembocaduras conchas de entrañas nacaradas, que hacían creer al descubridor en fabulosas cosechas de perlas, así como peces de las más diversas y extrañas formas y tortugas de valioso caparazón. Toda la costa era muy limpia y las bocas de los ríos tan anchas, que se podía barloventear en ellas. «Los árboles abundantes, hermosos y verdes, con flores y frutos, cada uno de su manera. Aves muchas, y pajaritos que cantaban muy dulcemente. Las palmeras eran de otra manera que las de Guinea y las nuestras, de una estatura mediana, los pies sin aquella camisa que tienen en África, y las hojas muy grandes, con las cuales cobijan las casas.» Saltó el Almirante en el batel, fue a tierra, y llegó a dos casas que creyó ser de pescadores, los cuales huyeron con temor. En una de ellas encontró un perro que nunca ladraba, y en ambas, redes de hilo de palma, cordeles, anzuelos de cuerno, figas de hueso y otros aparejos de pescar, y creyó que en cada casa vivían muchas personas, y mandó que no se tocara cosa de todas ellas, y así se hizo. «La hierba era grande, como en el Andalucía en Abril y Mayo, y muchas las verdolagas y bledos.» Tornóse luego a la barca y anduvo río arriba un buen rato, sintiendo gran placer al contemplar tantas verduras y arboledas y oír el canto de tantas aves, hasta el punto de que le fue difícil «dejadas para se volver». Aún creía en aquel momento que era Cipango, y declaraba a sus acompañantes: —Es la isla más hermosa que ojos hayan visto. «La mar se mostraba tan tranquila, que parecía que nunca se debía de alzar, porque la hierba de la playa llegaba hasta casi el agua, lo cual no suele suceder donde la mar es brava.» Los indios que llevaba de la isla de Guanahani, con los cuales aún no le era posible entenderse, sirviéndole únicamente de farautes para anunciar a gritos a los indígenas de las otras islas que los hombres blancos no hacían daño a los de color, explicaron al Almirante por medio de señas que los ríos eran muy numerosos en esta tierra, y tal la extensión de sus costas, que las canoas de los indígenas no la podían cercar, aunque navegasen muchísimos días. Este último dato afirmó la convicción de don Cristóbal de que Cuba no era isla, sino brazo de la tierra firme. Aseguraban también los indígenas que en dicha tierra eran muchas las minas de oro y las pesquerías de perlas, creyendo el Almirante en la riqueza perlífera de Cuba al ver tanta almeja nacarada en sus costas. Habiendo oro y perlas, le pareció indudable que allí venían todos los años los hermosos navíos del Gran Kan para llevarse tales riquezas, lo mismo que las flotas del rey Salomón iban a Ofir en tiempos remotos. El viaje no debía ser largo. Según sus cálculos, de allí a la tierra firme, o sea al Asia, habría una navegación de diez días cuando más. ¡Y estaba en realidad en una bahía del Norte de Cuba al afirmar a los suyos que sólo se hallaban separados por diez singladuras de las costas de la China! Los indígenas recibían de Colón un nombre genérico, con arreglo a su geografía quimérica. Estas tierras recién descubiertas eran el Oriente de Asia, eran las Indias, pues durante muchos siglos la extrema Asia y las Indias fueron una misma cosa. Por tal razón los hombres cobrizos y mansos que poblaban este paraíso esplendoroso y pobre recibieron el nombre de «indios», quedándoles para siempre, como un bautizo histórico, este apelativo falso y disparatado, y los verdaderos indios de Asia han pasado a ser indos tánicos o hindúes, para evitar confusiones. Iban las tres naves navegando por la costa de Cuba, deteniéndose en las ensenadas y desembocaduras de los ríos, allí donde notaban un grupo de chozas. Sus bateles bogaban hasta dichas poblaciones «por haber lengua», y sus tripulantes encontraban unas veces indios con quienes hablar, mientras en otros lugares huían hombres, mujeres y criaturas, desamparando sus viviendas. Estas chozas eran más grandes y espaciosas que las encontradas en las primeras islas, y el Almirante afirmaba que cuanto más se allegase a la tierra firme serían mejores. Estaban hechas a manera de alfaneques—así eran llamadas en España las tiendas de los guerreros—y hallábanse esparcidas como las de un real o campamento, «sin concierto de calles, una acá y otra acullá, y dentro muy barridas y limpias, con sus aderezos muy compuestos. Todas eran de ramas de palma muy hermosas». Los marineros hallaban en ellas «estatuas en figura de mujeres y muchas cabezas en manera de carantoña o mascarillas, muy bien labradas», no sabiendo Colón si esto lo tenían por hermosear sus viviendas o como imágenes a las que prestaban adoración. Encontraban también «perros que jamás ladraban, avecitas salvajes recién amansadas, que se paseaban por el interior de estas chozas enormes, de techo cónico, y maravillosos aderezos de redes, anzuelos y otros artificios de pescar», lo que hizo creer a Colón que todos los de la costa debían ser

pescadores que llevaban el pescado tierra adentro, a otras poblaciones más importantes. Siempre eran muchos los árboles y las frutas de maravilloso sabor. Aves y pajaritos se mostraban en prolífica abundancia, y el cantar de los grillos resultaba incesante toda la noche. «Los aires sabrosos y dulces, ni fríos ni calientes, y la mar tan mansa como el río de Sevilla, con el agua muy aparejada para criar perlas.» Esta mansedumbre de las aguas marinas, siempre azules, la consideraba Colón interminable. No había visto aún las tempestades y los ciclones del mar de las Antillas. La falta de comunicación verbal entre los descubridores y los indios tomados en las primeras islas, especialmente en Guanahani, iba creando los mayores errores y desorientaciones en el curso del viaje. Al doblar un cabo cubierto de palmares, al que Colón dio el nombre de cabo de Palmas, los indios que iban en la Pinta anunciaron que detrás de dicho cabo había un río, el actual río Máximo, y de allí a Cuba cuatro jornadas. Con esto entendió Martín Alonso, y luego el Almirante, que Cuba no era nombre de tierra, sino de una gran ciudad, su capital, y que el rey del país sostenía guerra con el Gran Kan, al cual llamaban los indios Kami y a la ciudad en que residía Fava, levantándose sobre estos balbucesos de los indios y las faltas de comprensión de los descubridores todo un edificio de disparates. Determinó inmediatamente el Almirante anclar en dicho río y enviar un presente al rey de la tierra, con la carta que le habían dado los monarcas españoles escrita en latín, acreditándolo como su embajador ante el Gran Kan y demás soberanos de Asia que encontrase en su viaje. Contaba para tal embajada con Luis de Torres, el judío de Murcia, gran intérprete de la expedición, y con un marinero de Ayamonte, cerca de Huelva, llamado Rodrigo de Jerez. Este marinero no sabía idiomas como Torres, pero era expertísimo en embajadas, por haber navegado mucho por las costas de Guinea, enviándolo sus capitanes al interior para tratar con los reyezuelos negros en sus krales de chozas cónicas, cuyas empalizadas tenían como adorno muchas cabezas cortadas de enemigos. Esto era indudablemente una preparación para ir a saludar al Gran Kan en sus palacios de oro y mármol de Cambalú (Pekín) y de otras ciudades de millones de habitantes. Torres sabía más que él. Hablaba el hebreo, lengua de sus mayores, el caldeo y algo del arábigo, idiomas todos de discutible utilidad para ser intérprete en el Japón y la China. Pensaba Colón ir al encuentro del Gran Kan así que volviesen estos dos embajadores, visitando las enormes ciudades del Catay, que presentía muy cerca. Cuando después de barloventear durante un día entero, por ser los vientos adversos, pudo aproximarse a la costa el 1.º de Noviembre, envió el Almirante dos bateles a un lugar donde se veían casas; pero los marineros hallaron que toda la gente era huida, y pasó mucho tiempo sin que apareciese ningún indio. Volvieron los bateles a las naves, y después de haber comido sus tripulantes, regresaron a tierra, pero llevando ahora a uno de los indios que les servían de farautes en sus desembarcos. Este, al saltar a la playa empezó a dar grandes voces, manifestando a los indígenas ocultos que no hubiesen miedo, porque los hombres blancos eran buena gente, no hacían mal a nadie y no estaban al servicio de su tirano el Gran Kan; antes daban de lo suyo en las muchas islas donde habían estado. Salieron dos indios de sus escondrijos, y tomando en brazos a este hombre de su mismo color, lo llevaron hasta una casa donde estaban congregados los varones más importantes del pueblo, para escucharle. Como resultado de dicha conferencia surgieron de los recovecos de la costa unas diez y seis canoas cargadas de hombres, que fueron hasta las tres naves de los blancos. Ofrecían, como siempre, algodón hilado «y otras cosillas»; pero los marineros estaban hartos de tales presentes y el Almirante sólo se preocupaba de saber si tenían oro, al que ellos llamaban nukay. Durante el resto del día vinieron de tierra a los navíos gran cantidad de canoas, y los cristianos, por su parte, desembarcaron en la costa muy seguramente. Por medio de señas dieron a entender los indígenas —o a lo menos así lo creyeron Colón y las personas más importantes de la flotilla— que antes de tres días vendrían muchos mercaderes de tierra adentro a comprar las cosas que llevaban los hombres blancos, y les traerían mensajes del rey de aquella tierra, que vivía a unas cuatro jornadas en el interior. La docilidad de los indios ante estos hombres blancos salidos del mar, que les parecían poderosísimos hechiceros, su facilidad para la imitación y su portentosa memoria, que les permitía repetir inmediatamente las palabras sin entender su sentido, eran interpretados por el Almirante y otros de la armada como una predisposición natural a recibir las verdades del cristianismo. Se entretenían los marineros con los indios recitándoles la Salve y el Ave María, con las manos levantadas hacia el cielo, e inmediatamente los hombres cobrizos aprendían dichas plegarias, imitando el mismo gesto orante y trazando la señal de la cruz, lo que hacía creer a Colón que estas gentes eran «sin ninguna secta, y resultaría fácil hacer de ellas buenos cristianos». La lengua era la misma en todas las islas, y los hombres tomados en Guanahani se entendían bien con los de Cuba. Lo difícil y penoso era que todos ellos se entendiesen con los blancos, pues esto sólo ocurría muy contadas veces. Como siempre estamos propensos a entender en los demás aquello que llevamos en nuestro pensamiento, Colón encontraba al Gran Kan y a sus opulentas provincias en los relatos que le hacían los indios con palabras ininteligibles. Ahora iba descubriendo que al Gran Kan lo titulaban las gentes de esta tierra Kavila, y a la provincia donde solía estar con más frecuencia la llamaban Bafan. Pinzón y otros le oían silenciosos, no osando discutir toda esta geografía asiática que el Almirante había aprendido en libros no leídos por ellos. Martín Alonso fruncía el ceño algunas veces, como si en su

pensamiento sintiese el pinchazo de la duda al comparar la vida simple de estos hombres con los esplendores orientales que esperaba encontrar el Almirante de un momento a otro. —Siempre gentes desnudas—decía Martín Alonso—. Ni una ciudad, ni un edificio de piedra, ni animales de carga, ni rebaños, ni buques grandes. ¿Dónde están los elefantes? ¿Dónde la caballería del Gran Kan?... Y estas dudas de su segundo, adivinadas por el Almirante más que oídas, servían para ir ensanchando la separación abierta entre los dos. Hasta en sus épocas de mayor miseria se había mostrado don Cristóbal enojadizo y soberbio con los que se permitían discutir sus observaciones. Únicamente la necesidad de ganarse el afecto de los que podían protegerle conseguía templar su genio, medir y dulcificar sus palabras con forzada amabilidad, hablando despacio para no traicionarse a sí mismo, revolando su verdadero carácter. Ahora que se consideraba triunfador, en plena posesión de todos sus honores y preeminencias, no tenía por qué contenerse y empezaba a mostrar una superioridad desdeñosa y soberbia con todos los que estaban sometidos a sus órdenes. A su maestre Juan de la Cosa lo odiaba, por ser el que vivía más inmediato a él. Le pareció irritante que un simple piloto se tomase la libertad de pensar a su modo, con insolente independencia, no queriendo limitarse a ser un pobre subordinado. Consideraba casi un robo que Juan de la Cosa tomase notas en el curso del viaje y fijara las bases de una futura carta de navegar, por creer él que esta ruta de las Indias debía quedar como un secreto de su absoluta pertenencia. Por algo lo habían hecho Almirante de la mar Océana y virrey de las tierras que descubriese. A los Pinzones, aunque los veía con menos frecuencia, tal vez los miraba con mayor encono. Ciertos caracteres recelosos y absorbentes tienen como un tormento el recuerdo de las mercedes que recibieron, y a semejanza del vino que se hace agrio en los odres viejos, la antigua gratitud se va transformando dentro de ellos en antipatía. Esta armada descubridora no era en realidad una expedición militar. Los reyes sólo habían contribuido a una parte de su costo. Sin el auxilio pecuniario y personal de los Pinzones no habría zarpado nunca de Palos. Era una expedición comercial organizada libremente por gentes de mar. Los marineros se habían inscrito voluntariamente, los más de ellos por amistad con el señor Martín Alonso. Colón y Pinzón, aunque para las necesidades del servicio y las exigencias de la disciplina fuesen el uno almirante y el otro capitán, eran en realidad dos socios, poniendo en la empresa mucho más el segundo que el primero. Pero a partir del día en que desembarcaron con sus banderas en Guanahaní, Colón había cambiado sus tratos con la gente de la flotilla de un modo rudo y absoluto. Era el almirante, y no podía sufrir que sus dos capitanes le consultasen como a un compañero o discutieran sus disposiciones para la navegación, basándose en que durante el viaje había solicitado él más de una vez sus consejos de pilotos de larga experiencia. Ahora lo sabía todo, y resultaba para él una falta de respeto que los socios de semanas antes acogiesen con la más leve observación sus órdenes autoritarias. El viaje era una expedición de guerra y la flotilla una armada real. Ya no había compañeros de negocio, y todos debían estar pendientes de su palabra indiscutible, significando la menor objeción una falta de disciplina. Su orgullo incurrió en extravagantes incongruencias. Se extrañaba de que los Pinzones le siguiesen hablando con el mismo tono de antes, afables, pero con la confianza de hombres que arriesgan juntos vida y fortuna en la realización de un descubrimiento geográfico y comercial. Y para cortar esta familiaridad, se mostraba cada vez más duro en su voz, más conciso en sus palabras, más ceñudo de rostro al hablar con los de aquella familia de Palos y de Moguer que habían sido y continuaban siendo el alma marina de la expedición. Martín Alonso bajaba a tierra como explorador, menos contemplativo y más práctico que el Almirante. Mientras éste en su batel remontaba el río o desembarcaba para internarse en los bosques, admirando las grandes arboledas, frescas y odoríferas, y escuchando los cantos de las aves, especialmente del ruiseñor del país, llamado sinsonte, el capitán de la Pinta iba de un lado a otro en busca de las especias asiáticas, sin las cuales la expedición resultaría un mal negocio, pues empezaba a no contar con el oro. El viernes 2 de Noviembre partieron los dos embajadores enviados por el Almirante al «gran rey» residente en el interior. Con Luis de Torres y Rodrigo de Jerez fueron como guías dos indios, uno de los que traía Colón desde Guanahaní y otro de aquellas chozas inmediatas al río en cuya desembocadura estaban anclados. Les dio el Almirante como moneda sartas de cuentas para comprar de comer si les faltaba, concediéndoles seis días de término para que volbiesen. También les entregó muestras de especiería, que podrían servirles como materia de comparación si topaban en su viaje con materias iguales a ellas. Como no le preocupaba menos la parte política de la expedición, les dio instrucciones de cómo debían preguntar por el rey de aquella tierra y cómo habían de hablarle cuando llegasen a su presencia, entregándole un presente y mostrando la carta en latín que acreditaba a don Cristóbal Colón como embajador de Sus Altezas en todas las tierras del otro lado de la mar Océana. Recomendó finalmente al judío políglota de Murcia y al marinero de Ayamonte, explorador de la costa de Guinea, que usasen de gran diplomacia para saber con certeza si el soberano indio con el que iban a hablar era aliado del Gran Kan o enemigo de él, procediendo en sus pláticas con arreglo a dicho informe. Después que se alejaron los dos embajadores, tomó el Almirante en la misma noche la altura con un cuadrante, hallando por su cuenta que había marchado desde la isla de Hierro mil ciento cuarenta y dos leguas—en realidad eran mil ciento cinco—y que el lugar



donde se hallaba, o sea Cuba, no era isla, sino tierra firme. Sobre esto último mostraba Colón una absoluta seguridad. El suelo que pisaba pertenecía a Asia. Tal vez era una provincia lejana y poco civilizada de los reinos del Gran Kan, a la que sólo de tarde en tarde iban sus mercaderes y sus capitanes de nao. Los indios venían hablándole de una isla que al principio llamaban Bohío. Realmente eran los españoles los que se equivocaban, pues al oír cómo repetían los indígenas el nombre de «bohío», que es el que en aquellas islas daban a las casas, creyeron que era el nombre de una isla. Después fueron entendiendo que el verdadero nombre de dicha isla era Babeque (aludían a la isla de Haití, llamada después la Española). En Babeque había oro infinito y perlas. Algunos viejos indígenas de esta bahía cubana en la que se hallaban anclados afirmaron que todos los habitantes de Babeque, hombres y mujeres, llevaban oro al cuello, en las orejas, brazos y piernas, y también muchas sartas de perlas. Y al relatar estas particularidades de aquella isla de inmensas riquezas, señalaban hacia el Sudeste, casi la dirección que los españoles habían seguido viniendo de las Canarias. Colón creyó ver que una nueva luz, con la esplendidez de la verdad, aclaraba sus concepciones geográficas. Babeque era indudablemente la isla de Cipango, que ellos habían dejado a sus espaldas antes de llegar a estas costas de la tierra firme pertenecientes al Asia del Gran Kan. Había que poner las proas de sus naves como si emprendiesen el viaje de regreso a España. Ya sabían dónde estaba Cipango «la de las tejas de oro», y convenía ir cuanto antes a dicha isla, dejando para más adelante la exploración de la tierra firme.

Capítulo Segundo.- De cómo Lucero se mareó en tierra tomando sahumeros por la boca con un tizón encendido, y ella y Fernando repitieron los primeros gestos de Adán y Eva. Mientras los dos hombres blancos caminaban hacia el interior como embajadores del Almirante, procuró éste aprovechar el anclaje en aquella especie de gran lago que formaba el río en su desembocadura, puerto singularísimo, muy hondo y limpio de piedras, con buena playa para poner los navíos a monte. Entró con su flota por este estuario, hasta donde el agua fuese dulce, y al desembarcar subió a un montecillo para descubrir algo de los alrededores, no pudiendo ver gran cosa a causa de lo tupidos y abundantes que eran los bosques, todos ellos muy frescos y odoríferos. Un perfume de hierbas aromáticas impregnaba el ambiente, y los cantos de los pájaros hacían vibrar de sol a sol las verdes profundidades de la arboleda. Acudían los indígenas en almadrías y canoas para obtener cascabeles y ramalillos de cuentas a cambio del eterno «algodón filado» y redes en las que dormían, llamadas hamacas. El domingo 4 de Noviembre, así que amaneció, entró el Almirante en su batel para ir a tierra y cazar a ballestazos algunas de aquellas aves que le habían deleitado con sus cantos el día antes. Martín Alonso Pinzón, lanza en mano, exploraba la floresta para descubrir riquezas utilizables, y al poco rato fue en busca de Colón dando gritos: —¡Canela... canela! Llevaba Pinzón en una mano dos varillas que tenía por canela, en vista de que un marinero de la Pinta, que era portugués y había navegado por las costas de África, hacía tal afirmación, habiendo tomado dichas varillas a un indio que traía dos manojos de éstas muy grandes. El contraestre de la Pinta afirmó, por su parte, que había visto en la selva varios árboles de canela. La obsesión de las especias asiáticas les hacía suponer su existencia en todo árbol de forma desconocida y fuertes perfumes. Marchó el Almirante con todos ellos a examinar dichos árboles, imaginándose haber topado al fin con una verdadera riqueza. Pero no tardaron en convencerse de que el valioso hallazgo era pura ilusión. Enseñaron a unos indígenas muestras de canela y pimienta traídas de Sevilla, y ellos hicieron lo de siempre. No se extrañaban de nada que pudieran mostrarles. Todo lo tenían en su tierra y en enormes cantidades, pero más lejos, siempre más lejos, señalando al Este. Por ser domingo, la gente de la armada hizo fiesta, bajando a ver la tierra. Al día siguiente, lunes, pararían la nao y las dos carabelas en la playa para limpiar sus fondos. Por precaución, dio el Almirante la orden de que no se hiciese a la vez la varadura de los tres navíos, quedando siempre dos en el agua para mayor seguridad, por si sobrevenía un ataque, «aunque esta gente—decía—es muy segura y sin temor se podrían poner los navíos juntos a monte». Fue este domingo el mejor día de toda la navegación para Lucero y Fernando Cuevas, por primera vez pudieron bajar a tierra juntos. Habían desembarcado en las primeras islas descubiertas, pero siempre separadamente. El paje seguía al Almirante algunas veces en el batel de la nao, admirando desde el agua los bosques que orlaban las orillas de fondeaderos y ríos, o dando, cuando más, un breve paseo detrás de su señor. Le infundían cierta inquietud estas tierras, tan distintas a las que había visto hasta entonces, pobladas de gentes extrañas o desiertas y con un silencio profundo a veces más inquietante que el estrépito monótono y continuo de los mil ruidos de la Naturaleza en libertad, respirando y renovándose sin descanso. Don Cristóbal sólo tenía ojos y atención para observar el paisaje, y el delicado servidor tenía que pensar en su propia defensa, mientras llevaba la ballesta o la lanza de su amo y un saquillo conteniendo las muestras de especiería traídas de España. Fernando Cuevas había ido más adentro en sus exploraciones, agregado a un grupo de marineros de la Santa María. Saltaban del batel, metiéndose en aquellos pueblos de indios, que no eran más que unos cuantos alfanegues o bohíos esparcidos en desorden, cuyos techos cónicos estaban terminados por una especie de humero (chimenea), aunque en realidad no era más que el remate natural de los haces de paja puestos en pendiente. Unas veces huían los indios a su aproximación y en vano

les gritaban con tono amistoso, pues tales voces parecían espolearlos en su fuga. En otros lugares, gracias a los indios venidos en la armada que servían de intérpretes por señas y de pacificadores por medio de su lengua, se establecía relación entre los blancos y los cobrizos, empezando inmediatamente la eterna compra de algodón hilado y otras cosillas, así como loros y papagayos, a cambio de cascabeles y ramalillos de cuentas. En estas viviendas indígenas comían el pan del país, llamado «cazabe», otros tubérculos propios de aquella tierra, y el panizo o maíz tostado, dando en cambio el duro bizcocho marineramente untado de melaza, manjar celestial digno de los poderosos hechiceros salidos del Océano. Nunca volvía Cuevas de tales expediciones sin llevar al paje del Almirante un puñado de flores extrañas y de intenso perfume, recogidas en la selva, o una hamaca teñida, para que la acomodase por la noche en su aposento del alcázar de popa, lecho movedizo, preferible al de los almadragues durante las noches calurosas del trópico, y que desaparecía a los primeros rayos del sol, quedando arrollado en un rincón como una serpiente de escamas multicolores. También le había traído al principio de cada excursión un ave azul, roja, verde, papagayo o loro, pero ya no juzgaba prudente regalar más pájaros de tal especie. ¡Eran tantos!... No había un hombre a bordo de la Santa María y de las dos carabelas que no fuese propietario de dos o tres de tales aves. Gritaban a todas horas marchando por los dos alcázares y por el combés, como si tomaran posesión de este pequeño mundo flotante; se colocaban en equilibrio fuera del casco, sobre las bocas de las bombardas y pasavolantes: subían a saltos por las escalas de cuerdas de la arboladura, y desde las vergas o en lo más alto de los mástiles, gritaban y gritaban, mirando las arboledas de la costa cercana, como si hiciesen presente su ascensión y su orgullo desde esta selva flotante a sus congéneres sedentarios que se mantenían en las selvas terrestres. Este domingo, al poder desembarcar juntos los dos pajes, creyeron ver la nueva tierra más esplendorosa. Todos los de la armada habían olvidado las zozobras, resentimientos y amarguras de la travesía del Océano, después de ser descubierta la primera isla. La pobre Guanahani, al surgir de las tinieblas marinas bajo los primeros rayos del sol, parecía haber partido la historia de todas aquellas gentes, dejando a un lado el pesimismo y el odio, para que no encontrasen en el opuesto más que optimismo y esperanza. El Almirante era el único que había sentido de modo distinto esta aparición divisoria. Bajo la influencia del optimismo general había olvidado el paje Cuevas al señor Pero Gutiérrez y sus propósitos de venganza. El antiguo repostero tampoco parecía acordarse de los golpes que había dado al joven aquella noche y pasaba junto a él como si no le viese. Por el momento, las cosas que iba viendo en la tierra descubierta tenían para él mayor interés que las personas. Le preocupaba la suerte de su dinero; era un socio de la expedición, aunque más modesto que los Pinzones, y se adelantaba solo, explorando los bohíos y los lugares de la selva más inmediatas a la costa, para examinar los árboles, calculando la posible explotación de sus frutos, gomas y savias, y también los adornos de los indígenas, esperando encontrar en ellos perlas y oro. Cuando los dos pajes avanzaron por las riberas del estuario cubano, vieron a un grupo de marineros procedentes de las dos carabelas que intentaban sostener pláticas con unos indios viejos, pintados de rojo y blanco, sin más ropa que unas redcillas de algodón que ocultaban sus vergüenzas, y con el cabello cerdoso anudado sobre el cogote en forma de cola y recortado en cerquillo sobre los ojos. Otro indio de los de Guanahani hablaba con los españoles, intentando expresar por medio de señas y la media docena de palabras que llevaba aprendidas todo lo que decían estos patriarcas. Seguían hablando de las riquezas de la isla de Babeque, señalando a lo lejos, siempre a lo lejos, como si dicha isla fuese semejante a las otras tierras fantásticas, inmediatas a las Canarias, a Madera y las Azores, que se dejaban ver para alejarse y perderse luego en las inmensidades oceánicas según se avanzaba hacia ellas. Las señas y palabras sueltas del intérprete iban dando a entender que por aquella parte había hombres que sólo tenían un ojo, y otros con hocico de perro, «los cuales comían a los otros hombres, y en tomando uno, lo primero que procuraban era degollarlo para beberle la sangre y cortarle su natura, regalándose con ella». Fueron los dos jóvenes hacia otro grupo que observaba en silencio los inmediatos bohíos. Lo componían grumetes y pajes, atraídos por la desnudez de las indias. Las casadas jóvenes y las matronas ocultaban el sexo con unas pequeñas bragas hechas de algodón. Las mozas mostraban por entero la desnudez de sus cuerpos siempre ágiles y esbeltos. No podían ser de otro modo entre gentes que practicaban el infanticidio, la selección por la muerte, destruyendo todos los nacidos de salud débil y formas imperfectas. La juventud de las carabelas, excitada por esta desnudez, ofrecía desde lejos cuentas de vidrio, pedazos de cristal que podían servir de espejo, botones dorados, pequeños clavos, y las beldades cobrizas de gruesa y aceitosa cabellera mostraban al sonreír sus dientes puntiagudos, profiriendo palabras que los otros tomaban como una invitación para que se acercasen. Era perturbador el espectáculo de estas carnes desnudas, aunque fuesen pintarrajeadas, para unos hombres procedentes de países donde la desnudez era pecado y las mujeres hasta prolongaban sus vestidos más allá del cuerpo, llevando largas colas de tela detrás de sus manos y detrás de sus pies. Ya que no habían visto aún al Gran Kan ni tropezado con sus inmensas riquezas, paladeaban los encantos de esta sencillez paradisíaca, infancia de la humanidad, sin tuyo ni mío, sin leyes y sin guerras... Algunas veces, el grito bronco de un indígena, padre o hermano,

hacia correr y ocultarse a estas beldades cobrizas. Generalmente se formaban parejas a pesar del obstáculo de la falta de comprensión y desaparecían en la selva, pasando el varón blanco un brazo por el talle ágil de la hembra, que parecía olvidada de su acompañante, concentrando toda su vida en sonreír a su propia imagen reflejada en el pedazo de vidrio, o en admirar sobre las magnolias rojizas de sus pechos la curva del collarajo de granos vidriados. Un grupo de marineros, del cual surgían penachos de humo sutil, claro y azul, atrajo a los dos pajes. Parecía que en el interior del corro se estuviese celebrando una ceremonia religiosa, una quema de presentes, en homenaje a divinidades desconocidas. Vieron sentados en el suelo a varios indios con sus mujeres, todos con un tizón en una mano, compuesto de hierbas enrolladas, que llevaban a la boca, aspirando sus sahumeros. A partir del descubrimiento de Guanahani, el Almirante y muchos de los suyos se fijaron en unas hierbas secas que llevaban en sus piraguas los viajeros indios que habían encontrado de isla a isla. No podían comprender el uso de dichas hojas acartonadas, creyéndolas comestibles no obstante su fuerte olor, que hacía toser y lloriquear a los blancos. Fue en este fondeadero de Cuba donde vieron arder por primera vez estos tizones de hierbas, llamados «tabacos», y sintieron la curiosidad de aspirar su humo. Marineros y grumetes daban varias chupadas a uno de los tizones ofrecidos por los indios, acabando por repelerlo entre toses y náuseas. Otros, habituados ya al sahumero bucal, insistían en él, celebrando con grandes risas su graciosa hazaña, buena por una vez. Ninguno de ellos podía sospechar que este uso de unos pobres y olvidados vasallos del Gran Kan, que ni siquiera iban vestidos, se esparciría por el mundo entero, siendo el más universal y admitido de los vicios. Fernando Cuevas también quiso aspirar uno de aquellos tizones de hierba seca que expelían humo azulado. Le placía igualarse, en presencia del otro paje, con los marineros más bracos y brutales de la nao, e hizo esfuerzos por contener sus toses y arqueos de extrañeza al tragar los primeros sahumeros. Gracias a tal esfuerzo de voluntad fue encontrando cierto deleite adormecedor a estas aspiraciones de humo terriblemente oloroso. Se habían alejado los dos, yendo a sentarse entre los primeros árboles de la selva inmediata, y al verse en relativo apartamiento, Lucero sintió la femenil curiosidad de probar el gusto de aquel tizón que conservaba Fernando. Tosió a las primeras chupadas, derramando lágrimas; pero la insistencia de Cuevas, que parecía entusiasmado por este entretenimiento, le hizo buscar otra vez la caricia del humo, descendiendo por su garganta como un araño cruel y cosquilleante al mismo tiempo. Las dos bocas fueron repartiéndose los sahumeros, pero antes de que el rollo de hierba se consumiese, Lucero, intensamente pálida, cerró los ojos y apoyó su frente en un hombro de Cuevas. Le rodaba la cabeza, según sus propias palabras, lo mismo que el primer día de navegación, cuando se sintió almadiada, conociendo las angustias del mareo. Fernando también sufría cierto desorden en el estómago y la cabeza a causa de dichos sahumeros, y los dos pajes, renunciando a todo paseo por las inmediaciones, permanecieron sentados y apoyándose mutuamente, cual si estuviesen dormidos, pero dándose cuenta de lo que les rodeaba, hasta que cerró la noche y se metieron en el batel para volver a la nao. A la mañana siguiente la Santa María fue puesta a monte, ocupándose toda su tripulación y una parte de la marinería de las otras carabelas en limpiar sus fondos y calafatear las juntas del casco. La nave estaba medio acostada en aquella playa de arena finísima, moviéndose los limpiadores en torno a su panza para arrancar las hierbas adheridas a las tablas durante la navegación oceánica y recubrir éstas con una capa de brea. Ardía el fogón, haciendo hervir los calderos de dicha materia negra, cuya hediondez parecía absorber y anular los perfumes de la selva inmediata. Los grumetes llevaban en grandes cucharones el ardiente betún, dejándolo caer sobre las tablas rascadas poco antes. Lucero, como paje del Almirante, estaba libre de trabajo. Don Cristóbal, ocupado en vigilar el repaso de los fondos de su nao, prescindía este lunes de sus paseos tierra adentro. Fernando Cuevas se había librado también del trabajo de calafatear. Maestre Diego, el botánico, que apreciaba su inteligencia y su buen deseo, haciendo elogios de las plantas y flores que sometía siempre a su examen al volver de tierra, había pedido al Almirante que dejara libre de servicio a este paje de escoba, para que herborizase durante la jornada en aquellas selvas misteriosas. Pasaron los dos jóvenes entre los bohíos de la orilla, sumiéndose en la penumbra verde de la arboleda tropical. Les pareció la selva más grande y misteriosa que el día anterior. Ahora no había españoles en sus linderos. Los indios habían desaparecido igualmente. Toda la gente quedaba atrás, en las orillas del estuario, en torno a la nave varada y frente a las carabelas que esperaban su turno para ser puestas a monte. Tierra adentro la vida humana parecía extinguirse, aplastada por las agitaciones de la vida animal y la inmensa respiración de los seres vegetales. Avanzaron de sorpresa en sorpresa por este enmarañamiento de plantas bajas y floridas o de árboles altísimos, uniéndose ambos elementos extremos de la selva por la mediación de vastísimas cortinas de lianas. A trechos, entre las columnatas de troncos, veían brillar el Océano libre, más allá de la desembocadura del río. Esta lámina azul tomaba cerca de la costa, por obra de los contrastes de la luz y la sombra, reflejos de ópalo y de rosa, el color irisado de una inmensa madreperla. Los peñascos de la costa, brillantes de humedad, parecían de cobre puro, manteniéndolos sujetos a flor de agua, ajorcas enormes de conchas abiertas y largas cabelleras verdes. Otros de estos cayos parecían cabezas coronadas con una alta y flotante diadema de

plantas acuáticas, bajo cuya sombra se movían, como las luces de un chisporroteo, enjambres de peces, oro, rosa y bermellón. Cerca de la desembocadura del río, los grupos de cañas bravas se cimbreaban, avanzando en la arena hasta hundir sus raíces en unas aguas entre marinas y fluviales. Tenían que abrirse paso violentamente, como si perforasen un muro, a través de barreras de lianas cubiertas de flores, cargadas de invisible y rumorosa vida animal. Fernando llevaba un cuchillo prestado por un grumete de la nao, y gracias a sus cortes y a los fuertes tirones de sus brazos iba abriendo ventanas en este tejido vegetal, deslizándose por ellas con su acompañante. Cada una de estas perforaciones esparcía en torno de los dos un escape ruidoso de insectos asustados, haciendo brillar los colores de gemas preciosas de sus corazas, verdes como las esmeraldas, rosados como los rubíes o con el tono suave de las turquesas y los zafiros. Enormes mariposas aleteaban como flores volantes. Otras flores fijas, orquídeas de formas raras, mostraban una vida animal y feroz, abriendo traidoramente sus pétalos para atraer a los insectos y cerrarlos sobre ellos, asimilándose hasta convertirlos en nuevos colores y perfumes después de la carnívora digestión. Papagayos y loros asustaban a los pajes con sus ruidosos vuelos que estremecían la selva, yendo a posarse algunos árboles más allá para continuar la charla de sus voces casi humanas. Junto a estas aves pintarrajeadas de la selva tropical se movían con graciosos saltos o ligeros vuelos los colibríes y los pájaros-mosca, joyas con alas cubiertas de plumajes, linos y multicolores como las sederías chinescas. Los gatos monillos marchaban a cuatro patas por las ramas horizontales, tomando la posición vertical para arrojar una lluvia de frutos secos. Cantaban las cigarras y los grillos como si ambos pajes estuviesen en los campos de su país, en plena primavera, a pesar de que iban a empezar aquí los meses del invierno. Esta Naturaleza juvenil y esplendorosa era aún pobre en frutos. Las dos riquezas vegetales del trópico, el azúcar y el café, no las conocía aún. Los españoles iban a traer de Andalucía la caña de azúcar algunos años después, y el café mucho más tarde. Tampoco había recibido su mejor fruto alimenticio, el plátano o banana. Fue un fraile español, el padre Tomás Berlanga, futuro obispo de Tierra Firme, o sea Panamá, quien lo llevó a Santo Domingo desde la Gran Canaria en 1516, veinticuatro años después del primer viaje de descubrimiento. Y los bananos de las islas Canarias eran hijos de los de Almería, en el reino de Granada, los cuales, a su vez, habían sido traídos de Asia por los moros españoles. En la selva virgen no veían los dos jóvenes otros frutos que los llamados por los indígenas ñames y mameys, y los cocos. Este último nombre era reciente y de invención española. Los descubridores se habían fijado en los tres redondeles que tenía este fruto en uno de los extremos de su cáscara, semejantes a los ojos y la boca de un mono. Era un mono que hacía gestos, que «coqueaba», según la antigua palabra española, no terroríficamente como lo hace el «coco» u ogro que asusta a los niños, sino grotescamente, como puede hacerlo un simio, y el fruto, con su carita que hacía «cocos», acababa finalmente por ser llamado coco, nombre que ha pasado a casi todos los idiomas de la tierra. Buscaba Fernando piedras entre la hierba para derribar algunos cocos de aquellas palmeras rectas, cuya piel parecía cuero animal, elevándose con la verticalidad de un disparo hacia el cielo para esparcir el surtidor de sus hojas en el aire libre, a pleno sol, más arriba de la sombra dañina proyectada por los otros árboles. Llovían hojas a cada vuelo de las aves, grandes y charlatanas, con pico encorvado, ojos de malicia humana, rojas de cabeza, llevando mantos verdes, amarillos o azules. Los pájaros menores huían por unos instantes de esta irrupción parlanchina. En otros lugares de la selva era absoluto el silencio, deteniéndose en sus linderos los papagayos y loros, los insectos zumbadores y hasta las avecillas mudas, que parecían hablar ruidosamente a los ojos con la sedería multicolor de su plumaje. Todo era verde, silencioso, en estos rincones de vegetación tierna y virgen. Helechos arborescentes se unían por arriba, formando una bóveda impenetrable a los rayos solares. La luz era verde y difusa. Al avanzar se miraban los dos jóvenes, viéndose con el rostro y las manos lívidos, como si flotasen en el fondo del Océano. La tierra, eternamente húmeda, mojaba sus pies, y esto parecía aumentar la ilusión de que caminaban por un suelo submarino. En ciertos lugares este rezumamiento de la tierra corría a las hoyas más cercanas, formando lagunas que a su vez se iban cubriendo con una apretada capa vegetal de hojas redondas y duras como escudos, entre las cuales florecían largas azucenas acuáticas. Estas aguas, que parecían muertas para siempre, se abullonaban algunas veces con respiraciones de seres invisibles. Indudablemente en su fondo dormían caimanes y otros bestiones, como decía el Almirante al describir la fauna de las nuevas tierras. Un rumor de hojas rotas, de hierbas doblegadas, hacía detener el paso a los dos jóvenes. Veían deslizarse con lentitud un cable hinchado con motas amarillas, negras y verdes. Eran las culebras bobas de la selva tropical, más temibles por su aspecto que por sus hechos, eternas perseguidoras del insecto, del pájaro, de los reptiles menores, y evitando siempre la proximidad del hombre. Fernando las conocía por sus anteriores desembarcos. El y un grumete habían muerto a palos a una de estas sierpes en la isla de Samoeto, llevándola a rastras hasta donde estaba el Almirante, el cual dispuso que le arrancasen el cuero y lo salasen para enseñarlo a Sus Altezas cuando regresase a España, con otras muestras animales y vegetales de los nuevos países. Lucero, a pesar de la confianza de su acompañante, temió seguir avanzando por la selva. Todos los cuentos horroríficos oídos en su niñez,

de ogros comedores de carne infantil, ocultos en los bosques, de dragones y de vampiros, resucitaban en su memoria. Repentinamente perdieron para ella todo interés aquellos insectos duramente acorazados de oro verde que Cuevas iba depositando en su gorro, mariposas con las alas empolvadas de colores, frutos de cáscara metálica y dulce pasta interior. —Vámonos de aquí—suplicó la joven, señalando instintivamente hacia el punto del horizonte donde habían visto media hora antes brillar el mar. Necesitaba el sol, el aire libre, la libertad visual de la inmensa extensión oceánica, como un prisionero angustiado por el ambiente estrecho de las cuatro paredes que le rodean. Atravesando la selva en línea recta, rompiendo lianas, haciendo caer sobre sus cabezas una lluvia de hojas, provocando la protesta chillona de papagayos y monos, hundiéndose repentinamente en charcas invisibles hasta la rodilla para retroceder alarmados, mientras por el extremo opuesto escapaban alimañas reptantes con no menos pavor, llegaron a la arboleda lindante con el mar. Aquí era menos enmarañada la vegetación baja y los árboles frutales más pródigos, por recibir con mayor abundancia la luz del sol. Se quitaron los dos sus borcegués húmedos para correr con los pies descalzos por una arena fina, dorada y seca. Luego, en sus jugueteos, fueron hasta la orilla del mar, buscando la fresca caricia de la arena mojada, brillante como un espejo. Habían salido muy lejos de la boca del río. Esta playa pertenecía al mar libre. Se extendía el agua primeramente tersa, muerta, profundamente cristalina, como si renovasen su nitidez fuentes ocultas. Sin embargo, al gustarla Cuevas con una mano, notó que era salada, lo mismo que la del Océano. Una restinga de peñascos poco visibles, por quedar los más de ellos bajo del nivel acuático, cerraba este vastísimo espacio de mar, inmóvil como un espejo. Una ligera franja de espuma y las cabezas negras con coronas verdes de los contados peñascos emergentes marcaban dicha barrera. Más allá se extendía el mar antillano, el océano tropical, más densamente azul que en la superficie inmediata a la playa, con ligeras ondulaciones, espejeando bajo el sol, repleto de una fuerza vital exuberante y agresiva. Fernando, que había adquirido durante su navegación una vista de marinero, llegando a descubrir los más pequeños accidentes de la inmensa llanura líquida, notó al otro lado de la restinga ciertas negruras veloces que hacían emerger en sus carreras un pequeño triángulo, a modo de aleta. Eran los tiburones, eternos habitantes de las encrucijadas oceánicas entre tantas islas, terribles y amenazadores mendigos que les habían salido al paso desde que tocaron en Guanahaní, siguiendo todas las evoluciones de la armada descubridora, en espera de que cayese algo de las naos. Notó el paje que estos vecinos inquietantes, al llegar a la parte exterior de la restinga, retrocedían como si hubiesen hociqueado en un obstáculo insuperable, dejando escapar a las presas que perseguían. Todos los peces menores buscaban el refugio del agua interior deslizándose, entre los peñascos, y allí descansaban y procreaban como si fuese un enorme lago artificial construido para su reproducción. Saltando de uno a otro de los peñascos, medio hundidos en la arena de la orilla, iba admirando Lucero las profundas masas de cristal verdoso, cortado a trechos por los relámpagos de oro y colores que trazaban al pasar los enjambres de peces. Vio animales cortos y panzudos, casi redondos, con una tonalidad de oro blanquecino, moviendo la hélice bifurcada de su cola. Otros peces eran de oro fuego, de oro madera, de oro limón, de oro verdoso, con una franja de espinas en el lomo y manchas purpúreas o blancas en los flancos. En ciertos lugares, el agua clarísima parecía aire, siendo preciso arrojar una piedra para que el ensanche de sus círculos denotase por unos instantes su solidez líquida. Abrían las grandes valvas su palacio interior de nácar, moviéndose como una lengua gelatinosa la densa mucosidad que habitaba en su interior. Los pequeños crustáceos aleteaban como los insectos de la selva en torno a conchas y madreporas. Más al interior de este lago marino se movían las medusas, a corta distancia de la superficie, balanceando sus cabezas como sombrillas blancas ribeteadas de rojo o violeta, yendo de un lado a otro con la natación perforante de su extremidad rematada por varias patas de pulpo inofensivo. La vista de este edén marítimo despertó en los dos jóvenes nuevos deseos. Habían avanzado a través de la selva misteriosa y verde apoyados uno en otro; pero de tal modo les impresionaba esta soledad murmurante de árboles, pájaros y bóvedas vegetales, que no se les ocurrió pensar en sus personas, y sólo se besaron una vez. Toda su atención era puramente exterior. Necesitaban vigilar lo que existía en torno a ellos, al mismo tiempo que lo admiraban. Era prudente mantenerse en guardia contra el peligro que parecía acecharlos en esta soledad misteriosa; no incurrir en los descuidos que favorecen la sorpresa. Aquí, junto a la orilla del mar, sintiéndose ganados nuevamente por la alegría y la confianza, volvieron a buscarse. Se besaron después de sentarse en la arena, al amparo de una piedra que les servía de respaldo, mirando antes en torno inútilmente. Y al besarse, vecinos al agua, se dieron cuenta por primera vez del abandono y la suciedad en que vivía su juventud hacía muchas semanas. Fernando, atrevido nadador del Guadalquivir, se había arrojado algunas veces al mar con otros grumetes y pajes de la nao, entreteniéndose así el tedio de su viaje en días que la Santa María navegaba poco a causa de calmas momentáneas. Lucero no había conocido en dicho tiempo otros refrescamientos corporales que las abluciones hechas secretamente en un escondrijo del alcázar de popa, para que nadie incurriese en sospechas acerca de su verdadero sexo. Aquí, la fresca sonriente de la mañana, la eterna juventud de aquel mar, cuyos colores eran semejantes a los de una inmensa

cola de pavo real—oro en unas partes, azul de añil en otras, pétalo de rosa, verde de esmeralda, blanco de perla en el resto de su nacarada superficie—, les hizo sentir a los dos vergüenza de sus trajes sucios de marineros y una necesidad vehemente de expeler esta costra de civilizados. Necesitaban verse en paradisíaca desnudez, lo mismo que los indios, en medio de una Naturaleza inocente, franca y pueril, igual a la de los tiempos anteriores al pecado original de la leyenda bíblica. El impetuoso Cuevas se desnudó en un momento, cara al mar, lanzándose de cabeza en el agua desde lo alto de un peñasco. A los pocos instantes surgió dando resoplidos como un tritón joven, pasándose una mano por la cabellera chorreante, y empezó a bracear, abriendo con su pecho una sucesión de arcos acuáticos que se iban prolongando y perdiendo a sus espaldas. — ¡Ven, ven!—gritó—. El agua está caliente como en un baño de mora. Se iba quitando el paje del Almirante las prendas de su traje con trémula vacilación, mirando a un lado y a otro. La judía era más grácil de cuerpo que su enamorado, con una flacura propia de su raza, en la que todas las leyes de peso y de volumen preséntanse exageradas, produciendo mujeres extraordinariamente obesas y otras de tan inaudita delgadez que parece incompatible con las exigencias ordinarias de la vida. Pero esta flacura de mancebo débil, mantenida por las apariencias del traje varonil, se iba borrando con los avances de la desnudez. El delgado paje Lucero tenía en su pecho los abultamientos nacientes de dos capullos carnales, blancos y firmes, y al quitarse sus calzas, las esbeltas y largas piernas, las caderas y los salidizos inmediatos, mostraron unas curvas reducidas y apretadas, incompatibles con la masculinidad, reveladoras del engaño de su vestimenta. Por esto tal vez, temerosa de ser sorprendida, apenas se despojó de su última prenda interior, imitó a Cuevas. Pero no se arrojó en el agua de cabeza; salió del abrigo de la peña que le había servido de cortinaje mientras se desvestía, y corriendo por la arena, entróse aguas adentro hasta donde le esperaba el otro. Lanzó gritos de alegría al empezar su natación, luego otros de angustia al notar que ya no tocaba con sus pies la arena, agarrándose a los fuertes hombros de Fernando, enlazándole el cuello con sus brazos como si fuese a besarle, dejándose llevar por el joven, que le iba enseñando la manera de mantenerse sin miedo sobre el agua. Pasaron cerca de una hora evolucionando por aquel lago cada vez más quieto y cristalino. El sol iba subiendo, ya estaba casi en su cénit, y sus rayos horizontales aclaraban aún más estas aguas inmóviles con su dorada luminosidad. El agua tibia y acariciante permitía prolongar la permanencia en este pequeño mar interior, igual por las agitaciones de su exuberante vida interna y por su temperatura a los de los primeros siglos de la existencia humana sobre el planeta. Al fin salieron a la orilla, y Lucero, familiarizada con su desnudez, no mostró rubor alguno, caminando con la misma seguridad que las indias que había visto el día anterior. —Tengo hambre, mucha hambre—dijo ella. Fernando pensaba lo mismo; y guiados por el instinto, atravesaron la faja de arena, empezando a pisar la tierra musgosa para ir hasta un grupo de árboles en el lindero del bosque. Comieron con una avidez juvenil frutas dulces, de un color de oro mortecino, cuyos nombres ignoraban. Luego bebieron, puestos de bruces, como animalillos, en un arroyuelo que venía tal vez de una charca del interior de la selva, pero era claro y rumoroso, perdiéndose en la arena, sin llegar al mar. Rieron los dos al ver sus bocas, sus narices y sus ojos en este reguero incesante que apagaba su sed. Sentían renacer dentro de ellos las almas de remotísimos ascendientes anteriores a la Historia. Su juventud y su ignorancia admiraron esta vida de la Naturaleza como un estado perfecto. La selva tenía frutos para su hambre y agua para su sed. El mar del trópico les vestiría, siempre que ellos quisieran, envolviéndolos en una túnica de tibio cristal adornada con madreperlas y peces de oro, inquietos y latidores. ¿Qué más podían desear? Satisfecha él hambre y la sed, pensaban ahora con desprecio en las ropas de la civilización, groseras e impregnadas de zumos humanos, que les esperaban a la sombra de un peñasco, como una librea de pobreza y disimulo que debían forzosamente revestir. Se dirigieron hacia un árbol enormísimo, destacado de la selva, que había crecido solo, anulando en torno todo lo que podía rivalizar con él, privándolo del disfrute del sol y de la respiración salina del mar. Había visto sin duda durante siglos y siglos la aparición del sol en la línea oceánica del horizonte y su caída diaria en las abullonadas alturas de la selva. Era su ramaje a modo de una cúpula que hacía llover de su verde ensamblaje todas las alegrías de la Naturaleza: revoloteos de flores, cantos de pájaros, bocanadas intensas de perfumes. Su savia se escapaba por las cicatrices de su corteza en forma de gomas olorosas, claras como el ámbar. Se extendían sus raíces a largas distancias como lomos de serpientes negras y nudosas, perdiéndose finalmente en el suelo. Estas raigambres gigantescas no permitían en una gran extensión el crecimiento de ninguna planta alta, de ningún árbol nuevo; pero entre sus retorcimientos, la hierba, fresca y menuda, moteada de pequeñas flores, cubría espacios triangulares en forma de taludes, ofreciéndose éstos como lechos de verdes sábanas diariamente renovadas. Desnudos los dos jóvenes y con el cuerpo brillante aún por la reciente mojadura, fueron a sentarse al pie del gigante, en uno de los declives aterciopelados. Avisada Lucero por un secreto instinto, mostró cierta inquietud al verse debajo del árbol. —No te sientes—dijo a su compañero—. Marchemos, marchemos. Pero de la inmensa cúpula vegetal empezaron a descender unos olores que desmayaron su voluntad, tan fuertes eran, y acabó sentándose junto a Fernando, que también parecía dominado por una pereza voluptuosa. —¿Para qué ir más

lejos?... ¿Dónde encontraremos un árbol mejor?... No podían alejarse de la sombra de sus ramas, enormes brazos protectores. Caían de su cúpula gotas de luz, extendiéndose en el suelo ensombrecido como patenas de oro. Una tibieza adormecedora de crepúsculo envolvía a los dos jóvenes. Se besaron, se besaron, se besaron en la infinita libertad de un mundo nuevo. Sus besos ya no eran rápidos y tímidos, sin continuidad y en perpetua alarma, como los que habían cambiado en las posadas de España, llenas de gente, o en el alcázar de popa de la nao. Estaban solos en un jardín inmenso, separados del resto del mundo por muros que no podían ver, pero indudablemente existían. Una de estas cercas insaltables era el Océano que tenían enfrente, y a sus espaldas la selva, antigua como el mundo. ¿Quién podía sorprenderles?... No les bastaba ya la caricia en el rostro, que era lo que mutuamente habían conocido. Sus bocas se posesionaban de otras partes de su cuerpo que habían vivido ocultas hasta entonces por los ropajes de la civilización. Los dos eran uno, agitándose sobre el lecho de hierba con la inocente tranquilidad de las hermosas bestiecillas, que cumplen las leyes naturales sin conocer remordimiento ni vergüenza. Sollozó Lucero bajo el dolor virginal, precursor a larga distancia de los dolores maternos que renuevan la vida. Influenciados por el ambiente que les rodeaba, por la vecindad del mar, siempre repleto de nuevas existencias, por la respiración de la selva crujiente y rumorosa, en la que se suceden miles de nacimientos en el breve término de cada minuto, repetían el gesto de pasión sin el cual hace millones de años que la vida se habría cortado en nuestro planeta. El tronco del árbol, grueso como una torre, parecía respirar lo mismo que un pecho, soltando gotas perfumadas por sus poros. Los cubría con sus cien brazos de los ardores del sol meridiano. Sonaba en la espesura el canto melodioso del sinsonte, ruiseñor tropical, como si ya empezase a anoecer, engañado por la penumbra verde de las bóvedas de helechos. Un par de aves parecidas a las tórtolas runruneaban en la cabellera verde del gigante vegetal. Abajo, entre sus raíces semejantes a muros chamuscados, permanecían inmóviles y adormecidos, por el reciente cansancio, los dos cuerpos desnudos. No oyeron un rumor de arrastre en el lugar donde la selva formaba un istmo, uniéndose al árbol inmenso. Sobre las raíces negras se fue elevando lentamente otra raíz pintarrajeada a pequeños redondeles de colores, luchando con su propia pesadez, moviendo una cabecita final de ojos brillantes y párpados cartilagosos. Era una de las grandes culebras de la selva, atraída sin duda por las respiraciones jadeantes de aquellos dos cuerpos desnudos que ahora se mostraban abrazados y silenciosos en la inmovilidad del sueño. Se mantuvo erguida unos momentos, como si fuese la serpiente tentadora de esta pareja edénica, un ruido extraordinario, diferente a los ruidos de la vegetación, hizo contraerse al reptil y desaparecer. Transcurrieron unos minutos de profundo silencio. Los dos jóvenes seguían en su cansada inmovilidad. Asomó la cabeza un hombre por detrás del tronco-torre. Luego fue avanzando de raíz en raíz, hasta llegar cerca de la adormecida pareja. Iba vestido como los hombres blancos. Llevaba espada al costado y una lanza corta le servía de apoyo. Este varón sólo tuvo ojos para mirar el cuerpo grácil de la joven y sus incipientes y graciosas redondeces. En sus pupilas brillaba la fosforescencia del deseo carnal. Si Fernando Cuevas hubiese entreabierto los ojos, lo habría reconocido. Era el señor Pero Gutiérrez. Cuando los dos jóvenes empezaron a despertar, algún tiempo después, sólo vieron en torno a ellos árboles rumorosos, la playa de arena brillante bajo el sol de mediodía, el terso lago de la restinga, y más allá de su barrera de peñascos el azul oceánico cortado por las aletas de los tiburones, que se perseguían movidos, lo mismo que los demás seres de la creación, por las dos necesidades que son los grandes resortes de todas las existencias, desde las más simples hasta las más complicadas y perfectas: el hambre y el amor. Capítulo Tercero.- En donde se habla de la gran traición que el mayor de los Pinzones hizo al Almirante, y del fervor místico de éste al verse cerca del dios amarillo, señor del mundo, hijo del Sol y de la Tierra. Transcurridos cuatro días, volvieron el «converso» de Murcia y el marinero de Ayamonte, embajadores del Almirante, sin haber encontrado en su viaje el menor vestigio del Gran Kan, ni visto rey de aquella tierra que fuese amigo o enemigo del poderoso monarca asiático. Habían caminado unas doce leguas, hasta topar con una población de cincuenta casas, donde calcularon que debían vivir más de mil personas, por ser muchos los indios que se aglomeraban en cada edificio, siendo estas chozas colectivas a modo de alfaneques grandísimos. Fueron recibidos Luis de Torres y Rodrigo de Jerez lo mismo que dioses, corriendo a ellos hombres y mujeres para tocarlos con admiración y besarles manos y pies, como si fuesen venidos del cielo. Dábanles de comer lo que tenían, y los más honrados del pueblo los llevaron al bohío principal, haciéndolos sentar en dos sillas de las suyas, mientras los demás se ponían en cuclillas en derredor de la pareja de blancos. Cuando salieron los hombres miraron las mujeres, sentándose de la misma manera luego de tocarlos para ver si eran de carne y hueso como los indios. Preguntaron los dos embajadores por el rey del país, y a pesar de los buenos oficios de un indio de los que venían en la armada y les servía de intérprete, nadie supo darles razón. Vieron algunos indígenas principales, que parecían gobernar a los otros, distinguiéndose de ellos por su mayor obesidad, pero ninguno de dichos personajes gordos, desnudos y pintarrajeados tenía la menor semejanza con el omnipotente «rey de los reyes», señor del inmenso Imperio de la China. Mostraron los enviados la canela, la pimienta y otras especias que el Almirante les había dado, y todos los

indios dijeron por señas que había mucho de esto en el país, pero no allí mismo, sino al Sudeste. La eterna afirmación cuando les enseñaban oro, perlas o especias. De todo había, pero siempre más lejos. Convencidos de que no verían nada más, emprendieron el viaje de regreso a la costa, y muchas gentes de aquel pueblo, más de quinientos hombres y mujeres, quisieron acompañarles, seguros de que así irían al cielo rectamente. Uno de los caciques hizo retroceder a este gentío, y él, un hijo suyo y un amigo fueron los únicos que acompañaron a los blancos en su vuelta al mar. Los recibió el Almirante con grandes agasajos en su nao capitana, todavía en seco, y al ver que su aspecto era aseñorado, pensó en hacerlos prisioneros para llevarlos a los reyes de España; mas apenas cerró la noche, los tres indios empezaron a mostrar cierta inquietud, cual si adivinasen las intenciones de Colón, y como la nao estaba varada en tierra, resultó imposible el retenerlos. Afirmaron que volverían apenas amaneciese, pero el Almirante no los vio más. Devolvió el judío Torres la carta escrita en latín para el Gran Kan. Tal vez resultase útil al tocar en otro puerto. No habían visto los dos mas que muchos árboles y hierbas con flores odoríferas. Las aves eran muy numerosas y de diversas maneras que las de España. «Vieron perdices y ruiseñores que cantaban en pleno día, así como ánsares», siendo esta especie de cisnes muy abundante en el país. «Bestias de cuatro pies no vieron, salvo aquellos perros indígenas que no ladraban. El mismo panizo o maíz que en otros campos, y mucha cantidad de algodón, ya hilado, tanto, que calculaban haber visto en el pueblo unos cuatro mil quintales.» Después de este fracaso ya no dudó el Almirante en reanudar su viaje con dirección a aquellas tierras que señalaban los indígenas siempre que les hacían preguntas sobre el origen del oro y las perlas. Había que ir a Babeque o a Bohío, pues ambos nombres daban los indígenas a la isla guardadora de tantas riquezas. También la llamaban Cariba, y en ella las gentes llevaban oro y perlas en el rostro, en las piernas y en los brazos. Colón creyó entender, a través de la charla ininteligible de los indios, que en esta isla preciosa encontraría naos grandes y corporaciones de mercaderes. También por la misma parte existían los llamados caribs o caribes, cíclopes con un solo ojo, y otros con hocico de perro, particularidades que no podían extrañar a Colón después de haber leído los viajes de Mandeville. Empezaban á surgir en la realidad todos los espectáculos asombrosos que este viajero novelesco había visto en el extremo oriental de Asia. Ya que no había encontrado oro ni especias en esta tierra de Cuba, a la que dio el nombre de Juana, en recuerdo del príncipe don Juan, heredero de los reyes españoles, procuró consolarse de tal decepción ensalzando la fertilidad de su suelo. Los indios lo cultivaban mal, y sin embargo, daba espléndidas cosechas de los vegetales empleados en la alimentación de aquellos; los llamados ñames, por otro nombre batatas, «que tienen sabor de castañas, los fréjoles y habas, muy diversas de las nuestras», y sobre todo el algodón, en tan enormes cantidades, que el Almirante empezó a planear para lo futuro su cultivo en grande, no para exportarlo a España, sino para comerciar con los mercaderes del Gran Kan, que seguramente vendrían a buscarlo. El conseguiría por este medio una parte del oro del «rey de los reyes». Abundaba igualmente el lináloe, pero, según él decía, esta madera oleaginosa «no es de gran caudal». Más le interesaba la almáciga—el mástic de los griegos—, de buena venta en España, y la encontró en todos los bosques, «pero se ha de coger a sus tiempos, y aunque mandé sangrar muchos de dichos árboles para ver si echaban resina de esta clase y la traer a España, vi que aún no era tiempo, pues esto debe hacerse al salir del invierno, cuando los árboles quieren echar la flor, y ahora ya tenían su fruto casi maduro». Los cilindros de hojas secas traídos por los dos embajadores y que llevaban las gentes del país en una mano, encendidos como tizones, aspirando su humo, no representaban valor alguno para el Almirante, ni fijó en ellos su atención. El llamado «tabaco» por los indígenas le parecía insignificante entretenimiento, propio de aquella gente simple y de gustos infantiles, no ocurriéndosele nunca que esto pudiera representar en lo futuro una de las mayores riquezas. Tiraron los navíos de monte, y al tenerlos ya en el agua, dispuso Colón la partida el jueves 11 de Noviembre. —En nombre de Dios, hay que ir al Sudeste, a buscar oro y especierías y a descubrir tierras. Siguió navegando la flotilla por la costa de Cuba o Juana, en busca de las ricas ciudades del Gran Kan. Encontraron una canoa tripulada por seis mancebos, y a cinco de ellos, que subieron a la nao, los mandó detener el Almirante para traerlos a España. Llevaba ya bastantes indios, pero tenía interés en apresar igualmente mujeres, por creer que de este modo los indios irían más contentos y aprenderían mejor la lengua. Se acordaba de que los portugueses, en sus exploraciones de Guinea, habían llevado inútilmente muchos negros a Portugal para que aprendiesen la lengua y pudieran volver a sus tierras ensalzando lo que habían visto. Como los portugueses no se cuidaban al principio mas que de llevar hombres, por considerar su traslado más fácil, estos prisioneros, al volver a su tierra, habían desaparecido, sin prestar servicio alguno, pues conservaban un mal recuerdo de los larguísimos meses de celibato y aislamiento. El Almirante envió una partida de marineros a unas chozas o bohíos de la costa, y según anotó en su cuaderno, éstos «trajeron siete cabezas de mujeres, entre chicas y grandes, y tres niños». Contaba el descubridor a las indias por cabezas, como los pastores cuentan sus rebaños. En la misma noche «vino a bordo en una almadía el marido de una de estas mujeres y padre de tres hijos, un macho y dos hembras, y dijo que yo le dejase venir con ellos, y a mí me plugo mucho, y quedan ahora todos consolados, pues



creo que todos son parientes y él ya es hombre de cuarenta y cinco años». Empezaba a hacer algún frío, y por esto Colón creyó que no era de buen consejo navegar hacia el Norte para descubrir. Dos días le hubiesen bastado para dar con la península de la Florida, si hubiese ido hacia el Norte, pero a él lo que le preocupaba era el Sudeste con sus islas confusas de Babeque o de Bohío. En todas las bahías donde anclaba o en las islas inmediatas a la costa iba dejando grandes cruces hechas de maderos. Mientras estaban fondeadas las naves sacaban los bateles de ellas con todos los artefactos de pesca, tendiendo la gran red en las aguas tranquilas y buceando grumetes y pajes para examinar los moluscos adheridos al fondo. Buscaban nácaras, «que son las ostras donde se crían las perlas—escribió el Almirante en su Diario—, y hallaron muchas de ellas, pero no perlas, y yo lo atribuyo a que no era el tiempo de ellas, pues creo que el tiempo de las perlas es por Mayo y Junio». Pescaron los marineros un pez, entre otros muchos, que parecía «un propio puerco, todo él de concha muy dura, y no tenía cosa blanda sino la cola y los ojos, y un agujero debajo para expeler sus superfluidades». Todos los animales raros que iban pescando, así como los encontrados en tierra, los iban metiendo en sal para conservarlos hasta su regreso a España y que los viesen los reyes. Ya habían encontrado unos pequeños cuadrúpedos, diferentes a los perros, que no ladraban y que servían de alimentación extraordinaria a estos indios, vegetarianos por pereza. Unos se llamaban hutías, semejantes a ratones y no más grandes que éstos; otros, los cories, eran a modo de conejos chicos y de gracioso aspecto a causa de sus colores. No quiso Colón volver a la Isabela, que estaba muy cerca, por miedo a que se le fugasen los indios tomados en Guanahani, que él deseaba traer a España. Era más conveniente ir al Bohío o Babeque. Bien notaba Colón la proximidad de estas tierras ricas en oro. El viento era contrario, el mar picado, y sin embargo, el tiempo resultaba cada vez menos frío, aumentando el calor, no obstante la proximidad del invierno. Y él, como muchos de su época, estaba enterado de que el calor es compañero fiel del oro, y donde éste se da con más abundancia es en la zona tórrida. El miércoles 21 de Noviembre se apartaron los tres buques de las costas de Juana, poniendo las proas hacia la isla de Bohío o Babeque, que todavía era una sola tierra. Algunas semanas después, al haber descubierto la isla de Haití, que Colón bautizó la Española, fue cuando se hizo una separación entre Bohío y Babeque. Bohío pasó a ser definitivamente la Española o Haití, y la famosa Babeque, que siempre quedaba lejos, como una ilusión dorada y fugitiva, la fijó el Almirante en la isla que fue llamada luego Jamaica. Navegaban las tres naves en el mismo acostumbrado orden. La Pinta, como más velera y mejor gobernada, marchaba delante, a gran distancia, aprovechando su velocidad para dar «cuchilladas» a un lado y a otro, sin que los demás buques pudiesen adelantarla, ensanchando de tal modo el radio de su exploración. Al anoecer del tercer día de viaje el tiempo refrescó mucho, el mar se mostró contrario y el Almirante resolvió repentinamente volver al punto de partida, dejando la navegación a Bohío o Babeque para cuando el tiempo fuese más favorable. Y poniendo acto seguido en obra su repentina decisión, hizo virar su nave, colocando en los palos faroles que indicasen el cambio de rumbo. La Niña, que por ser menos velera marchaba siempre al lado de la Santa María, imitó dicha maniobra, siguiendo al Almirante en su retirada. La Pinta, que iba diez y seis millas delante, no vio las luces, y continuó navegando en la noche creciente, sin darse cuenta de que se separaba cada vez más de las otras dos naves, perdiéndolas de vista. En realidad fue Colón el autor de esta dispersión, por su repentino deseo de retroceder, adoptado sin aviso previo, sin disparar cañonazos, limitándose a poner luces, el más imperfecto y precario de los procedimientos de aviso, por ser entonces las luces náuticas turbios farolillos con velas de sebo, que sólo se alcanzaban a ver a corta distancia, y muchas veces en vez de vidrios tenían delgadas láminas de cuerno. Como era Colón de suyo receloso, pronto a atribuir la responsabilidad de las propias faltas a sus allegados, y a cavilar sobre las consecuencias de todo acto que le disgustase, viendo asechanzas y traiciones, no tardó en inventar una conjuración contra él para explicarse este contratiempo, fruto de su propia ligereza. Desde algunas semanas antes no se recataba en mostrar pública animadversión contra Martín Alonso, y creyó que éste había querido vengarse de él abandonando la flotilla para navegar directamente hacia España y presentarse a los reyes, notificándoles los descubrimientos hechos, y sustrayéndole así las albricias que le correspondían como Almirante. De existir una conjuración de los Pinzones, resultaba inverosímil que el capitán de la Niña, hermano de Martín Alonso, se hubiese quedado con él, participando de su misma suerte. Pero Colón, como todos los imaginativos exaltados, se aferraba a su primera sospecha, convirtiéndola en realidad y repudiando todas las observaciones del sentido común. Solamente el ansia de riquezas pudo modificar su primitiva suposición, y acabó por creer que si Martín Alonso le había abandonado era para llegar antes a Babeque y hartarse de recoger oro. Y consignó estas sospechas en su Diario de a bordo, diciendo que la carabela Pírta se había separado, no por el mal tiempo, sino porque quiso, añadiendo, como una condensación de la enemistad que le inspiraba desde semanas antes Martín Alonso: «otras muchas me tiene hecho y dicho». Tales palabras sirvieron años después para que el hijo ilegítimo del descubridor, don Fernando Colón, en la historia que escribió sobre su padre y todos los idólatras del Almirante, que hasta han querido hacerlo santo, explotasen este simple incidente de navegación como una más de las

persecuciones y tribulaciones sufridas por el grande hombre. Olvidaron todos ellos que Colón y Pinzón eran simplemente dos socios con derechos iguales en las ganancias del viaje, aunque Pinzón había puesto más que el otro, y si el uno era el almirante, Martín Alonso era el verdadero armador de la flotilla. Y convirtieron dicho episodio de mediana importancia en una traición semejante a la de un jefe moderno de acorazado que desobedeciese las órdenes del almirante dadas por telegrafía sin hilos, y en vez de virar, como el resto de la nota, se apartase de ella, negándose a oír la voz de su jefe. Pinzón era español, y como durante tres siglos todos los panegiristas del Almirante han escrito siempre con hostilidad preconcebida contra España, creyendo hacer más grande a su ídolo cuanto más perseguido lo mostrasen por una nación que le dio todo cuanto quiso con romanticismo y una falta de sentido práctico en que no hubiesen incurrido otros países, esta ligereza de Colón en el mando de su flota ha servido durante cuatrocientos años para que su socio y su protector en el puerto de Palos sea calificado por los colombianos fanáticos de ingrato, desertor, cobarde, envidioso y otros epítetos indignos. El eterno buscador de oro encontró inmediatamente la explicación de este episodio que él interpretaba como una fuga. No habiendo en la Santa María espacio para todos los indios que él iba aprisionando, puso otros en la Niña y en la Pinta. Y se acordó del único indio que iba con Martín Alonso. Indudablemente, según Colón, éste habría ofrecido a Martín Alonso darle mucho oro en Babeque, por conocer el lugar donde podría encontrarlo, y Pinzón, excitada su codicia, había continuado su viaje. La verdadera explicación de la conducta del marino andaluz era más sencilla para el que examinase los hechos sin el apasionamiento de una codicia pronta a ver fantasmas y persecuciones y de una vanidad que no podía tolerar en torno ningún carácter independiente. Pinzón, siguiendo las órdenes que había recibido al salir de Cuba, continuó navegando hacia Babeque, cuyas altísimas montañas se dejaban ver en el horizonte. No se imaginó nunca que a Colón se le pudiera ocurrir de pronto volver atrás sin un motivo realmente grave, pues para un navegante como Pinzón, tener viento y mar desfavorables era contrariedad de escasa importancia. Podía haber dado esta orden horas antes, cuando las embarcaciones, según costumbre, se ponían al habla al salir y al ponerse el sol; podía también avisarle disparando cañonazos, único medio útil para advertir en la noche a una nave que navega con enorme delantera. Al verse solo en la mañana siguiente, Pinzón se limitó a cumplir las órdenes recibidas, llegando a Babeque o Bohío, buscando un fondeadero apropiado, explorando la región y despachando indios por la costa para si encontraban al Almirante en algún punto de ellas le avisasen de su paradero. Y así que llegó a saber, algunas semanas después, que los naturales habían visto otras embarcaciones de blancos, se apresuró a buscarlas, explicando al jefe de la armada todo lo ocurrido, cómo esta separación había sido fortuita y que él no pudo hacer otra cosa que lo hecho. Lo natural, ya que Colón sospechaba tantas malas acciones de su asociado, y su codicia vivía inquieta al pensar en el mucho oro que estaría acaparando a aquellas horas, era que hubiese reanudado su viaje a Babeque tan pronto como al abrigo de la costa de Cuba vio que cambiaban el viento y el mar; pero en vez de esto, permaneció trece días explorando dicha costa, sin encontrar nada que considerase de provecho, extasiándose con un fervor de poeta ante nuevas y maravillosas arboledas, llenas de flores y de cantos de aves tan amenos «que no quisiera nunca salir de ahí y que no bastarían mil lenguas para referirlo». Encontraba estas tierras tan hermosas, que, según sus palabras, había momentos en que le parecía que «estaba encantado». Estas contradicciones de conducta, esta falta de lógica en los hechos, se notaron más de una vez en la vida del Almirante, a pesar de lo práctico y prosaico que se mostraba su espíritu en otras ocasiones. Su deseo era ver todas las más tierras que pudiese, y el pretexto que daba para no reanudar inmediatamente su viaje a Babeque era que los vientos se mostraban aún contrarios. Pero Pinzón, con los mismos vientos o peores, había seguido navegando y estaba ya fondeado en Babeque, siendo este hecho una demostración más de lo que sabían todos los hombres de la armada, o sea que Martín Alonso era infinitamente superior como marino a este almirante que llegó con el tiempo a ser experto en la navegación, pero en este primer viaje mostró timideces, vacilaciones e inexperiencias propias de un simple aficionado a las cosas del mar. Su cólera llegó a la más estúpida de las incoherencias al decir Colón con extrañeza a sus allegados: —Yo no sé de dónde les ha venido a los Pinzones tal soberbia pecadora, cuando yo los saqué de la nada y a mi me deben cuanto ahora son. Bajo la influencia de lo que iba viendo en la costa de Cuba, acabó por olvidarse aparentemente de Pinzón, y su mayor disgusto en el presente era «no saber la lengua de los que viven en estas tierras, entendiendo muchas veces lo contrario de lo que dicen». Le entusiasmaba la abundancia de aguas buenas y sanas desembocando en la costa, «no como los ríos de Guinea, que son todos pestilentes», y apuntaba en su Diario la esperanza que tenía de «dar con grandes poblaciones, gente innumerable y cosas de gran provecho antes de volver a España». Y a impulsos de su imaginación, pronta a dar por realizado todo lo que soñaba, tomó nota para aconsejar a Sus Altezas que no consintiesen a ningún extranjero el venir a comerciar en estas ricas tierras, «salvo si eran católicos cristianos». Sus únicos descubrimientos fueron encontrar en una casa un pan de cera, que guardó para traerlo a los reyes, pues «donde hay cera también debe haber otras mil cosas buenas», y una cabeza de hombre dentro de un cestillo, cubierto

con otro cestillo, y colgado de un poste de la gran choza. De la misma manera hallaron una segunda cabeza en otra población, creyendo Colón que debían pertenecer a algunos de los ascendientes de las numerosas familias que se aglomeraban en uno solo de aquellos grandes alfaneques techados de paja. En varios puntos de la costa huían los indios, dejando abandonadas sus casas, por haber sabido tal vez cómo el Almirante hacía tomar prisioneros a los hombres robustos y a las mujeres de buen aspecto para llevárselos en sus naves. En otros grupos de bohíos la gente esperaba confiada a los hombres blancos, y el Almirante distribuía entre ellos cascabeles de pie de gavián, sortijas de latón, cuentezuelas de vidrio amarillas y verdes, con cuyo regalo se iban muy contentos. Admiraban las ballestas mejor aún que las espingardas, por ser más abundantes que las pesadas y lentas armas de fuego y comprender mejor su mecanismo. También tomaban las espadas y las sacaban de su vaina, examinándolas con cierto terror y soltándolas de pronto para huir. Iban todos desnudos y teñidos de rojo, con penachos de plumas y manojos de azagayas. Daban a los blancos todo lo que tenían y aceptaban de éstos la menor cosa en cambio, sin ningún espíritu de ganancia. No era un trueque comercial; era un comercio místico que tenía por base la superioridad de estos hombres blancos, poderosísimos hechiceros, con los cuales los convenía mantenerse en buenas relaciones. Los marineros de la nao habían muerto una gran tortuga para guisarla, y la cáscara estaba en el batel hecha pedazos. Los grumetes iban dando a los indios pedazos de esta caparazón, no más grandes que una uña, y los indios, a pesar de que pescaban tortugas frecuentemente, recibían estos fragmentos de carey como si fuesen fétiches, sólo por haberlos tocado las manos de los mancebos blancos, dando en cambio manojos de azagayas. Salieron al fin la Santa María y la Niña hacia Babeque al notar que el viento ya no era desfavorable. Abandonaron para siempre, en este primer viaje, la costa de Cuba o Juana, descubriendo en el horizonte las altísimas montañas de Bohío. Los campos próximos a la costa estaban todos labrados y verdes, «como se muestra el trigo en el mes de Mayo en las campiñas de Córdoba». Durante la noche vieron muchos fuegos en las faldas de las montañas y de día muchos humos, interpretando esto como señales de atalayas que se hacían las gentes del país. Consideró Colón que todo lo que había dicho en alabanza de Cuba, con ser tan grande, valía muy poco comparado con la belleza de esta nueva isla. Al saltar a tierra tropezaron inmediatamente con árboles de numerosas especies, todos cargados de frutas raras, que el Almirante, obsesionado por su afán de riqueza, declaró pertenecientes a la más rica especiería, y tal vez eran nueces moscadas, pero por no estar maduras no podía conocerse bien su calidad. Tenían que seguir la costa siempre con la «sondalesa» o plomada en la mano para ir midiendo los fondos, pues en unos sitios el mar era profundo y limpio, de tal modo, que podía barloventear junto a la costa una carraca, que era el navío más grande conocido entonces, pero en otros lugares la arena abundaba en peñascos submarinos y de la costa se habían derrumbado grandes piedras que se mostraban coronadas de vegetación. Lo que más asombró al Almirante fue la semejanza de esta nueva tierra con el país de donde procedía su armada. Tenía «grandes valles, y campiñas, y montañas al término, todo a semejanza de Castilla». La encontraba labrada y oía cantar al ruiseñor y otros pajaritos, a semejanza también de Castilla. Y para ensalzar la belleza del campo, lo paragonaba con el de Córdoba, como si la lejana ciudad andaluza fuese el más hermoso de sus recuerdos, síntesis de una segunda juventud. Hasta en las costas de Bohío, la fauna marina le recordaba la del litoral español. Al navegar en su batel, veía saltar junto a los costados de éste lisas iguales a las de España, así como lenguados, corvinas, pijotas, albures, gallos, pámpanos, camarones y hasta sardinas. Cantaba en pleno día el ruiseñor en las selvas de Bohío, y a causa de esta semejanza con las lejanas tierras castellanas, Colón bautizó a esta isla con el nombre de la Española. Muchos naturales huían al aproximarse las barcas de los marineros españoles. Otros se dejaban alcanzar, entrando en conversación con los indios que servían de heraldos, y en todas estas pláticas nombraban frecuentemente a los canibas o canibales, gentes feroces y con flechas envenenadas, que hacían incursiones en la isla para llevarse prisioneros a sus habitantes. Al oír Colón dichas explicaciones, siempre expresadas confusamente, tuvo a los tales canibales por gentes del Gran Kan, «que debe ser aquí muy vecino y tienen navíos y vienen a cautivar los hombres, y como éstos no vuelven creen que se los han comido». Tres marineros que se internaron por el monte a examinar árboles y hierbas oyeron el ruido de un gran golpe de gente, todos desnudos, como los que habían visto antes, los cuales huyeron al reconocer a los blancos. Tomaron a una mujer indígena y la llevaron a la nao almiranta, siendo esta hembra «muy moza y hermosa», y empezó a hablar con los indios que iban en la armada, porque todos tenían una misma lengua. Hízola vestir el Almirante, le dio cuentas de vidrio, cascabeles y sortijas de latón, y tornó a enviarla a tierra «muy honradamente». Fueron acompañándola algunas personas de la nao y tres de los indios que servían de intérpretes. Los marineros que bogaban en la barca que la llevó a tierra dijeron al Almirante que la hermosa india sentía marcharse de la nao, y su gusto hubiese sido quedarse con las otras mujeres indígenas tomadas en Cuba. Como la india debía haber dado nuevas a los suyos de que los cristianos eran buena gente, Colón envió al otro día nueve marineros armados, con un indio intérprete, para que fuesen a una población del interior mencionada por dicha mujer. El pueblo era grande, y al aproximarse los blancos huyeron todos sus

habitantes. Pero el indio de Guanahani, que llevaban los blancos por vocero corrió tras de los fugitivos diciendo a gritos que no hubiesen pavor, que los cristianos no eran de Cariba, sino venidos del cielo, y que daban cosas muy hermosas a los que encontraban a su paso. Retrocedieron los fugitivos y aguardaron la llegada de los cristianos, poniéndoles las manos sobre la cabeza, que era señal de gran reverencia y amistad. Muchos temblaron al principio, hasta que la conducta pacífica de los recién llegados acabó por tranquilizarlos. Los llevaron a sus casas, y cada uno les trajo de comer batatas y pan de cazabe, fabricado con la raíz de la yuca. Dábanles también pescado y todo lo que tenían. Y como se enteraron por el indio intérprete de que los hijos del cielo amaban los papagayos, trajeron gran cantidad de dichas aves para que los blancos las llevasen a sus buques. En esto se hallaban, cuando vieron venir «una gran batalla o multitud de gente» dirigida por el marido de la mujer que el Almirante había honrado y devuelto a los suyos. Unos indios traían a dicha mujer «caballera sobre sus hombros», y venían a dar gracias a los cristianos por la honra hecha a la prisionera por los regalos que le habían dado. Los marineros, al volver al buque, dijeron al Almirante que no había comparación entre los hombres y mujeres de esta isla y los de las tierras antes visitadas, que eran mucho más blancos que los otros, y hasta habían visto dos mujeres mozas, tan blancas, que bien podían pasar como nacidas en España. Estos indígenas de la isla Española tenían la voz dulce y no bronca y amenazante como los de Cuba. Las tierras del interior estaban labradas y con aguas abundantes para el regadío, existiendo, según ellos, tan enorme diferencia entre dichas tierras y la campiña de Córdoba «como tiene el día de la noche». Al ocultarse el sol, las arboledas se estremecían con el canto de innumerables ruiseñores. Los grillos y las ranas eran iguales a los de España. Exploraron los navegantes una isla inmediata, a la que dieron el nombre de isla de la Tortuga, e igualmente un gran río que remontaron en barcas, tirando de ellas los marineros desde tierra por medio de sirgas. Huían los indígenas, y debían ser, según Colón, «gente muy cazada, pues vive con tanto temor que en llegando alguien, luego hacen ahumadas en sus atalayas por toda la tierra». A este río le puso de nombre Guadalquivir, por recordarle dicho río cerca de Córdoba, y al gran valle, atravesado por él, valle del Paraíso o Valparaíso. Siguiendo la costa de la Española encontraron a un indio solo en una pequeña piragua, maravillándose todos de cómo se podía tener sobre las olas siendo el viento tan grande. Hízolo meter Colón en la nao a él y a su canoa, y lo halagó dándole cuentas de vidrio, cascabeles y sortijas de latón, llevándolo hasta un pueblo que estaba a unas diez y seis millas, y que fue llamado puerto de la Paz. Anclaron los dos buques frente a esta población, que parecía reciente, pues todos sus bohíos tenían aspecto de nuevos. Marchó el indio a tierra con su canoa, y luego vinieron atraídos por sus noticias más de quinientos hombres, entre ellos su rey. A partir de aquí, los descubridores iban a encontrar reyes de la tierra o caciques, cosa que no habían visto en Juana ni en las primeras islas descubiertas, donde no parecían tener otros jefes que algunos personajes que más bien eran hechiceros. Como las dos naves estaban ancladas cerca de tierra, muchos indios llegaron a nado hasta ellas. Casi todos traían algunos granos de oro finísimos en las orejas y en la nariz, los cuales daban de buena gana a cambio de cosas insignificantes. No era, por su parte, comercio con deseo de ganancia, sino simples trueques de valor místico para ponerse en buena amistad con los hijos del cielo. Permanecía el rey en la playa, haciéndole todos los suyos gran acatamiento, y el Almirante le envió un presente, recibéndolo con majestuosas señales de gratitud. Colón se enteró de que «era un mozo de hasta veintidós años y que tenía un ayo viejo y otros consejeros que respondían por él, pues dicho rey hablaba muy pocas palabras». Uno de los indios que venían en la armada habló con el rey y le dijo que los cristianos eran descendidos del cielo, y como andaban en busca de oro, querían ir a la isla de Babeque. Y él respondió que hacían bien y que en la dicha isla encontrarían mucho oro. Con el indio intérprete había bajado a tierra Diego de Arana, el alguacil mayor de la flota. Como ya empezaban a encontrar reyes en aquellas tierras, el primo de Beatriz creyó del caso ejercer funciones de embajador, en armonía con su condición de hombre de espada. Mostraron los consejeros del rey al alguacil mayor el camino que debían seguir para Babeque, afirmando que en dos días llegarían allá. Los indios seguían colocando siempre más lejos el oro deseado por los blancos, y calculaban las distancias con una brevedad no menos engañosa. Y acabaron manifestando los consejeros del rey, en nombre de éste, que si algo deseaban de su tierra, se lo darían de muy buena voluntad. — Todos andan desnudos como sus madres los parieron—dijo Arana al volver a la nao, dando cuenta de tal entrevista a su pariente ilegítimo—, y lo mismo andan Las mujeres, mostrándose así sin ningún empacho. Y son los más hermosos hombres y mujeres que hasta aquí hemos hallado; harto blancos, que si vestidos anduviesen y se guardasen del sol y del aire, serían casi tan blancos como en España. Todos son también gordos y valientes, y no flacos como los otros que antes hemos hallado, y de muy dulce conversación, y no parecen tener secta alguna. En la tarde vino el rey con todo su séquito a la nao capitana, y el Almirante le hizo saber por sus intérpretes que los reyes de España eran los mayores príncipes del mundo. Pero ni los indios intérpretes ni este monarca indígena creían nada de esto, atribuyéndolo a modestia de los blancos, pues todos los consideraban venidos directamente del cielo, y caso de existir los llamados reyes de España, se los imaginaban monarcas del cielo y no de este mundo. El joven rey de

aquella tierra hablaba poco y parecía, tener una autoridad más religiosa que política. Colón le ofreció varias golosinas de su despensa, especialmente cosas dulces. Este rey hechicero se limitaba a comer un bocado, como si tomase una especie de comunión, y pasaba inmediatamente los alimentos a su ayo, sus consejeros y todas las demás personas de su séquito, sentadas en la cubierta de la nave. Al otro día los marineros pescaron con redes al abrigo de la isla de la Tortuga, que estaba enfrente, continuando los rescates o trueques entre cristianos e indios. Estos trajeron muchas flechas de las usadas por los piratas de Cariba, o sea los canibales, hechas con sutiles y fuertes cañas rematadas por dientes de peces, que envenenaban las heridas. Dos de estos indios mostraron que les faltaban algunos pedazos de carne en su cuerpo, haciendo entender que los canibales los habían comido a bocados. El Almirante no lo creyó. Le era imposible aceptar que los soldados del Gran Kan, en sus expediciones a estas islas para llevarse esclavos, se entregasen a la antropofagia. Algunos marineros, a trueque de cuetezuelas de vidrio, empezaron a rescatar pedazos de oro labrado en hojas muy delgadas, oro bajo, al que llamaban guaíñ. Uno de los personajes del cortejo, apodado por los marineros «el Cacique», tenía una hoja de oro del tamaño de una mano, pero no la quiso entregar en una sola pieza, y metiéndose en un bohío la partió en pequeños pedazos, ofreciendo cada uno aisladamente, para que así le diesen más cosas en cambio. Y estas cosas eran insignificantes, sin que hiciese él ningún reparo sobre su cuantía. Lo que deseaba era tener muchos objetos de los blancos, creyendo que su cantidad acrecentaría el valor mágico, que era lo que todos ellos apreciaban. En la misma tarde se presentó una canoa de la isla de la Tortuga con más de cuarenta hombres. Se habían enterado de la llegada de los hijos del cielo y venían a conocerlos; pero el expresado cacique se levantó airado, y con palabras que por su tono parecían amenazantes, los hizo volver a sus canoas. Además, con sus manos les echó agua salada, y tomando piedras del suelo, se las arrojó igualmente. Se apresuraron los extranjeros a obedecer, pero todavía el cacique tomó una piedra y la puso en manos del alguacil Diego de Arana para que la tirase contra los intrusos en nombre de los hijos del cielo. Esto era un conjuro mágico que colocaba a los intrusos fuera de la ley. Mojarlos con agua salada equivalía a convertirlos en víctimas, a hacer de ellos unos náufragos, y era rito de muchos de estos pueblos que los náufragos fuesen comidos en una fiesta religiosa. A causa de esto, los de la isla de la Tortuga se apresuraron a huir del agua salada que les arrojaba con sus manos este cacique o hechicero, queriendo unir a sus terribles maldiciones una piedra arrojada por el personaje blanco, al que creía con mayores poderes sobrenaturales que él. Diego de Arana no quiso tirar la piedra. Debía mantenerse neutral en estas rivalidades entre los indios. La canoa se alejó y los hombres de la isla de la Tortuga dijeron en venganza que su isla era mucho más abundante en oro que la Española, por estar más cerca de Babeque. El Almirante, en una de sus obstinadas inducciones, decía a todos que ni en la Española ni en la Tortuga había minas de oro, pues todo procedía de Babeque y traían muy poco, a causa de que los indígenas no tenían nada que ofrecer a cambio de él, dando la culpa de tal miseria a que la tierra era «tan gruesa» que no necesitaban trabajarla mucho para sustentarse, y tampoco les era preciso gastar en vestimentas, pues andaban totalmente desnudos. El incansable buscador de oro, obsesionado por la fantástica Babeque, que nadie encontró nunca, y engañado también por los indígenas que siempre le enviaban más lejos, no se daba cuenta de que estaba pisando en aquellos momentos lo que fue después el Eldorado más importante durante el primer período del descubrimiento de América. Antes de la conquista de Méjico y el Perú, fue la Española o Haití la única tierra que llegó a producir oro en cantidades dignas de consideración. Se consolaba, sin embargo, con la proximidad cada vez mayor de Babeque, que luego se ha supuesto fuese Jamaica. — Cerca estamos de la fuente—decía a sus íntimos—, y espero que Nuestro Señor me ha de mostrar dónde nace el oro. Le había prometido el rey indio traerle oro, y él esperaba su nueva visita, no porque tuviese en mucho lo que pudiese ofrecerle, sino por saber mejor de dónde lo traían. El martes 18 de Diciembre hizo embanderar la nao y la carabela, por conmemorarse en el mencionado día la fiesta de la Anunciación. Hicieronse en los buques muchos disparos de bombardas, y el rey, que había salido al amanecer de su pueblo, situado cuatro leguas al interior, se presentó a media mañana en el llamado puerto de la Paz rodeado de más de doscientos hombres, que formaban una especie de procesión. Cuatro de ellos lo llevaban en andas, y en torno iban sus principales dignatarios, todos poseedores de un poder religioso y mágico, como ocurre invariablemente en las sociedades primitivas. Estaba el Almirante comiendo en la sala del alcázar de popa, vecina a su dormitorio, cuando entró el rey con toda su gente. El joven monarca fue a sentarse al lado del Almirante, impidiéndole que se levantase de la mesa e indicando por señas que siguiese comiendo. El paje Lucero servía a su señor bajo la vigilancia del maestresala Terreros, Ordenó don Cristóbal a su joven sirviente que trajese cosas de su propia comida para obsequiar al visitante, y éste, con ademán majestuoso, ordenó a todos los suyos que se mantuviesen fuera del alcázar, y así lo hicieron, «con la mayor prisa y acatamiento del mundo, saliéndose todos a la cubierta para sentarse en el suelo». Sólo dos hombres de edad madura, que Colón apreció como su ayo y su primer consejero, quedaron junto a él, y se sentaron a sus pies en el salón. De cada una de las viandas que Lucero iba colocando delante del soberano indígena, tomaba éste un pequeñísimo trozo,

como se tomaba en España para hacer “la salva” o sea para probar cada plato en honor al invitado, y luego enviaba todo el resto a los suyos, los cuales lo comían en seguida. Lo mismo hizo en el beber. El vino lo llevó solamente a su boca y luego dio el vaso lleno a sus dos consejeros inmediatos, que lo probaron igualmente, pasando el resto a los que permanecían sentados en la cubierta. Hablaba el rey contadísimas palabras, y los dos cortesanos, sentados a sus pies, le miraban a la boca y hablaban luego por él, dirigiéndose a los intérpretes, que acababan por hacer la traducción con más señas que palabras. Los presentes traídos por el monarca fueron un cinturón de labor indígena y dos pedazos de oro labrado delgadísimos. En cambio, miraba con insistencia el arambel pintado que tenía el Almirante sobre su cama. Lucero, recibió de su señor la orden de descolgar este cortinaje, dándolo como regalo. El Almirante le entregó además el collar de ámbar que traía sobre el pecho, unos zapatos colorados de cuero de Córdoba y una almarraja de perfume llena de agua de azahar, dejándolo absorto con tan maravillosos presentes. Mostraban el monarca y sus consejeros gran dolor porque no entendían al Almirante ni éste a ellos. Pero a pesar de tan absoluta falta de comprensión, el gran jefe blanco dijo volviéndose a los suyos que presenciaban la entrevista: — Conozco que me dicen que si me cumple algo de aquí, toda la isla está a mi mandar. Luego envió a Lucero a que buscara en su dormitorio ciertos papeles suyos, en los cuales había dejado como señal un «excelente» de oro, moneda que valía dos castellanos, para que los indígenas pudiesen ver en ella la efigie de los reyes don Fernando y doña Isabel. Después les fue enseñando la bandera real y las otras de la cruz, complaciéndose con las grandes muestras de asombro y admiración de esta gente simple. Cuando el monarca y su séquito se fueron, Colón lo envió en su barca «muy honradamente» e hizo disparar en su honor muchas bombardas. Era el primer rey de aquellas tierras que visitaba su armada con majestuoso aparato. Vieron cómo en la playa subía en sus andas, rodeado de sus doscientos cortesanos, y cómo su hijo mayor iba detrás de él montado en los hombros de un indio muy principal. Tan grande era su agradecimiento por los presentes recibidos, que a toda la gente de las naves que iba encontrando en tierra daba orden de que los saludasen y les ofreciesen de comer. Cada uno de los regalos lo llevaba un cortesano delante del rey, con los mismos honores que si fuese un fétiche, dotado de misteriosas influencias. Un hermano del monarca llegó igualmente a visitar la flota y recibir su parte de regalos. Este no era llevado en andas, pero sólo debía andar llevado de los brazos por dos hombres principales. También vino a visitar al Almirante un viejo indio, especie de sacerdote, que gozaba fama de conocer mejor que nadie las particularidades de esta tierra y de las islas inmediatas en cien leguas a la redonda. Hizo esfuerzos Colón para entender al viejo hechicero. Eran muchísimas las islas y en todas ellas muy considerable la riqueza áurea. En unas cogían el oro y lo cernían en cedazos, fundiéndolo para hacer figuras. Algunas de dichas islas eran tan ricas, que todo en ellas era de oro, así las piedras como la tierra. Excitado Colón por unos relatos tan en armonía con sus deseos, pensó en raptar al viejo para llevárselo de guía. Nadie como él se mostraba seguro de la derrota para llegar a dichas islas. Pero este mago era muy respetado por el joven rey y sus cortesanos y temió ofenderles con tal acción. También parecía molestarle una noticia que daba este viejo con insistencia, valiéndose de mímicas. Según él, varios años antes habían llegado otros blancos hijos del cielo en un bosque flotante igual a estos dos. Llevaban espadas y ballestas, tenían barbas y hablaban lo mismo que ellos. Eran menos en número y se habían vuelto al mar pocos días después. El viejo conocía esta visita por los hechiceros de otro reino, que era donde habían desembarcado los hombres blancos. La gente de allá guardaba un mal recuerdo de este suceso por haberse portado mal los hijos del cielo, procurándose víveres con violencia. Pero el Almirante no tenía interés en conocer más particularidades de dicha noticia, que luego le salió al encuentro varias veces en esta isla Española. Mandó poner una cruz enorme en medio de la plaza del pueblo habitado por el monarca, y ayudaron los indios a este trabajo, que reputaban mágico, repitiendo como monos las oraciones y genuflexiones de los españoles. Eran nuevas fórmulas de una magia más poderosa que la suya, que les iba a librar de los ataques de los caribes y de todas las asechanzas de una Naturaleza poco domada. Partió la flota del puerto de la Paz, navegando de cabo a cabo ante unas costas llenas de árboles de un verde claro, sin nieves y sin nieblas, a pesar de que estaban en Diciembre. «Los aires eran templados, lo mismo que en Mayo en España.» Corrían los habitantes de pueblos y de bohíos aislados hasta las orillas del mar, para ofrecerles sus panes indígenas y fresca agua en calabazas y cántaros de barro, de la misma hechura que los de Castilla. Ni mozas ni viejas usaban bragas, como las mujeres de Cuba. Estas iban completamente desnudas, y así como en otras islas los hombres hacían esconder a sus mujeres, celosos de los cristianos, las de aquí venían alegremente al encuentro de los extranjeros, trayendo cuanto tenían, en especial cosas de comer y cinco o seis clases de frutas nuevas, «las cuales mandó curar el Almirante para traerlas a los reyes de España». A pesar de que Colón sólo pensaba en las próximas tierras del oro, sintióse conmovido «por los lindos cuerpos de mujeres que se veían en estas muchedumbres desnudas», consignándolo en su Diario de a bordo. Más allá de las campiñas verdes veíanse montañas altísimas, que al Almirante todavía le parecían más enormes, en su hiperbólica admiración por todo lo que iba descubriendo, comparándolas con el pico de Teide en la isla de Tenerife y

creyéndolas aún mayores en altura. De todas estas poblaciones partían las carabelas entre el vocerío de hombres, mujeres y niños, que les rogaban no se fuesen, prometiendo adorar los dos maderos atravesados que iban plantando en todos los lugares donde se detenían y repetir diariamente sus mismos conjuros verbales y gesticulantes. Los seguían mientras les era posible en sus canoas. El avance de sus naves, cuando las áncoras estaban ya subidas, había de abrirse paso entre enjambres de nadadores. Pero el Almirante tenía mucha prisa en continuar sus exploraciones. Necesitaba llegar al país del oro, que estimaba muy próximo. Iban hablando las gentes del país de una tierra llamada Cibao, donde tan enorme resultaba la cantidad de oro, que el cacique traía banderas de dicho metal hechas a martillo. ¡Cibao!... Era indudablemente Cipango, el verdadero Cipango, que ahora salía de veras a su encuentro. Emocionado Colón por la proximidad de unos tesoros que venía buscando desde tan lejos, se expresaba con una exaltación mística. —Nuestro Señor—decía—, que tiene en las manos todas las cosas, vea de me remediar dándome sus servicios. Él haga por piedad que halle estas minas de oro de las que tanto me hablan. El oro era para él, como para los antiguos, un hijo del Sol engendrado en las profundas entrañas de la Tierra, un producto de la magia telúrica, poseedor de las más irresistibles influencias. En aquella época el oro se veía más respetado aún que en el presente, pues su abundancia ha aumentado muchísimo en nuestros tiempos después de las grandes explotaciones de California, Transvaal, Australia y Alaska. La antigüedad lo conoció en exiguas cantidades, y durante la Edad Media todavía resultó más escaso. Colón fue el último hombre célebre de la Edad Media, un hermano de los astrólogos y de los alquimistas. Iba a pasear por mares y tierras nuevas las mismas ansias imaginativas, los mismos entusiasmos poéticos de los buscadores que se tostaban y envejecían en plena juventud ante los hornillos, sobre los cuales hervían en retortas pastas misteriosas de las que esperaban extraer el oro artificial. Estos soñadores amaban el oro porque era el símbolo de la mayor victoria, porque representaba la más alta potencialidad del poder, la dominación sobre todos los hombres, como jamás han podido conseguirla los mayores conquistadores de la Historia. El hombre que fuese rey del oro, por obscuro que resultase su nacimiento, acabaría por dominar la tierra entera. Y el contradictorio Colón, que sentía dentro de él dos mundos, el después llamado de la Edad Media, que iba a morir, y otro que estaba empezando en aquellos años, hombre soñador y enérgico como los eremitas, de palabra ardiente, que acaudillaban inmensas cruzadas, y al mismo tiempo mercader y áspero para las ganancias como los mercaderes del Renacimiento, mostraba una emoción mística, un temblor de iluminado, al creerse próximo a unas minas sólo comparables a las del rey Salomón. Le inspiraba un fervor religioso la proximidad oculta del dios amarillo, señor del mundo, hijo del Sol y de la Tierra. (*suffolk university campus tour*).

# **Audiolibro En Busca Del Gran Kan V Blasco Ib Ez Tercera Parte Cap Tulos I li lii**

**>>>Haga Clic Aquí<<<**

<https://Ensayo.icu>